341

LA PASTORA DE LOS ALPES,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

traducido del francés

POR

DON FRANCISCO DE PAULA MONTEMAR.

Y

DON DANIEL CARBALLO.

N.° 212.

MADRID.

IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.

1853.

52-278835

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.	ACTORES.
ESTRELLA.	Doña Teodora Lamadrid.
LUISA.	Doña María Rodriguez.
LA DUQUESA. . . .	Doña Lorenza Campos.
— HORTENSIA.	Doña Cristina Ossorio.
— TERESA.	Doña Joaquina García.
MAURICIO.	Don Joaquin Arjona.
FERNANDO.	Don Manuel Ossorio.
DUCLOS.	Don José García.
— MARTIN.	Don José Alisedo.
— UN ANCIANO.	Don Antonio Bermonet.
— UN CRIADO.	Don Mariano Serrano.
— EL GUIA.	Don Esteban Montilla.

Aldeanos de ambos sexos.

Los dos primeros actos pasan en los Alpes. Los tres siguientes, en Grenoble, al principio de la Restauracion.

ACTO PRIMERO.

Patio de una posada en medio de los Alpes: el fondo es una empalizada desde donde se descubren las montañas cubiertas de nieve, y en medio de ellas un sendero.—En el patio, en primer término á la derecha del público la posada: un banco delante y una silla al lado.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon se oye el chasquido de un látigo y TERESA, MARTIN *y algunos* ALDEANOS *de ambos sexos se agrupan en el fondo mirando hácia la izquierda.*

MARTIN. Es una silla de posta que viene de Italia.

TERESA. Y es una silla muy grande. Dos... tres... cuatro... cinco... *(Contando.)* viajeros. Van á dejar la silla en la casa de postas, y probablemente subirán aquí luego.

MARTIN. Dos de ellos se adelantan hácia aquí.

ESCENA II.

Dichos.—Duclós.—Hortensia, *seguidos de dos criados que conducen maletas y sacos de noche.—Los aldeanos se retiran abriendo paso y descubriéndose.*

Duclos. Gracias á Dios que encontramos donde descansar.

Horten. Gracias á Dios!

Martin. (*Saludando.*) Señora!

Duclos. (*A los criados.*) Colocad ahí dentro ese equipaje.

Teresa. Por aquí, por aquí. (*A Hortensia.*) Cuántas habitaciones dispongo?

Duclos. Cinco. Y disponed tambien una buena comida. Cuidado que se trate bien á los criados. Así lo desea la señora duquesa.

Teresa. (*Saludando á Hortensia.*) Ah! es la señora duquesa?

Horten. No, no; yo no soy la señora duquesa: ahora vendrá.

Duclos. (*A Teresa.*) Vamos, vamos, á disponerlo todo y que no falte nade.

ESCENA III.

Hortensia.—Duclós.

Horten. Por fuerza ha de quereros mucho la señora; os desvivís tanto por ella!

Duclos. No hago mas que cumplir con mi deber.

Horten. Sí, ya lo comprendo, ya veo que la señora os considera como de la misma familia.

Duclos. He sido ayudante de su hijo político, y desde que este murió al servicio del Emperador, la duquesa no permitió que me separara de su lado; quiso que yo fuera su amigo.

Horten. Es cierto, señor Duclós. El que trate un solo

dia á la señora, no tiene mas remedio que quererla: es tan bondadosa, tan caritativa!

DUCLOS. Tiene un gran corazon.

HORTEN. Y su nieta?

DUCLOS. *(Con entusiasmo.)* Luisa, es un ángel!

HORTEN. Tambien tiene el mismo carácter dulce de la señora. Jamás la he visto incomodada conmigo, y con una ama de esta especie hay que desvivirse por adivinarla los pensamientos.

DUCLOS. Aquí tenemos ya á la señora duquesa. *(Se dirige hácia el fondo.)*

ESCENA IV.

Dichos.—LA DUQUESA.—FERNANDO: *dá el brazo á la duquesa y esta se sienta cuando entra en el patio.*—LUISA.

DUQ. Ya sabia yo que nuestro Duclós no se descuidaría.

DUCLOS. Señora...

DUQ. Estoy segura de que estará todo dispuesto, gracias á vuestros cuidados.

HORTEN. Todavía no, señora; pero estará muy pronto.

DUQ. Pues bien, anda tú y avísanos cuando sea tiempo.

HORTEN. Voy, señora. *(Váse.)*

ESCENA V.

Dichos, menos HORTENSIA.

DUQ. *(A Luisa y á Fernando.)* Hijos, mios: ya estamos en la frontera. Antes de entrar en Francia quisiera hablaros un momento. *(Duclós vá á retirarse.)* Quedaos, capitan, quedaos; habeis sido ayudante de mi hijo político; sois nuestro mejor amigo y no tengo secretos para vos.

DUCLOS. Gracias, señora: ya sabeis que mi agradeci-

miento no tiene límites, y que procuro corresponder á esa confianza dándoos algunas pruebas de cariño.

LUISA. Y á mí no me quereis, señor Duclós?

DUCLOS. (*Con entusiasmo.*) A vos!...

LUISA. Sí, señor, á mí!

DUCLOS. (*Conmovido.*) Por vos sacrificaria gustoso mi existencia... no puedo deciros mas.

FERN. Tambien yo creo participar del cariño de Duclós.

DUCLOS. Sois el hijo de mi general. Aunque no sea mas que por esa razon...

LUISA. Y además, porque vá á ser mi esposo.

DUCLOS. (*Con algun esfuerzo.*) Sí... señora... tambien por eso... Pero la señora duquesa queria hablar antes...

DUQ. Queria deciros el motivo que me ha decidido á llevaros á Italia y hacer con vosotros un viaje de ochocientas leguas. A mi edad no se piensa ya en los monumentos artísticos, ni en las maravillas de la naturaleza; se prefiere el fuego de una chimenea al hermoso sol de Nápoles, nuestros mullidos tapices á la verde alfombra de Posílipo ó de Sorento... En cuanto á las antigüedades de Roma,... ya me veis, hijos mios, casi soy tan antigua como ellas.

LUISA. Oh! qué buena sois!

DUQ. Pero durarán seguramente mas que yo... y este es un motivo para decidirme... á apresurar vuestra dicha... es decir, vuestro matrimonio.

FERN. Qué... temeis...

DUQ. Escúchame, Fernando. (*Levantándose.*) Cuando estalló la revolucion, mi esposo, el duque de Gontier, no quiso emigrar y le costó la vida. Despues de su muerte, juré conservar intactos el nombre y el honor de mis mayores, de los que era ya el único representante... Vino el imperio... Muchos de nuestros personages mas ilustres se adhirieron al nuevo órden de cosas... á la situacion, como entonces se decia... pero yo continué inflexible... Mi hija, vuestra madre, Fernando, se unió con un soldado de fortuna, un noble de nueva estofa.

FERN. Mi padre!... Señora duquesa.

DUQ. *(Con calma.)* Sí... hijo mio, tu padre, el general conde de Hermilly, valiente y bravo como pocos: *(Sonriendo.)* y aunque no era muy instruido, yo concluí por quererle mucho.

LUISA. Ya veo que siempre perdonais y siempre cedeis.

DUQ. No, siempre no: hay cosas acerca de las que seré inflexible y no cederé jamás. Si aquel enlace se llevó á efecto, no fué con mi consentimiento: pero lo que entonces no pude impedir, trataré de repararlo ahora. Mi hija se casó contra mi gusto, es verdad; pero tu noble padre, Luisa, fué siempre el digno heredero de nuestra raza; y ahora que uno y otro sois huérfanos, quiero unir en una sola estas dos ramas de nuestra antigua familia. Duque y Duquesa de Gontier, y tú llevarás este nombre, hijo mio. Si te saqué de Francia fué con el objeto de que no te contaminaras con las ideas innovadoras, ni con las ridiculeces del Imperio.

FERN. Madre mia, siento mucho contradeciros: pero no no teneis razon: si algo puede haber de ridículo ó por mejor decir de injusto, es menospreciar á nuestros valientes veteranos, que despues de haber sufrido horriblemente, vuelven de Rusia todos los dias, mutilados y hambrientos, sin encontrar en la suspirada pátria una mano amiga que estreche la suya, ni un pobre albergue en donde morir en paz.

DUQ. Fernando!

FERN. Señora, son mis hermanos! yo soy tambien soldado de Napoleon: por él fuí nombrado capitan en el mismo campo de batalla: servi bajo sus banderas al lado de mi padre.

DUCLOS. Es cierto, sí, señora, y es tan valiente como su padre mi difunto general.

DUQ. Te digo que no hablemos!...

LUISA. Pero es fuerte cosa que ha de haber entre nosotros disgustos por la política? Madre mia, vos haceis muy mal en incomodaros por esas cosas, y tú tambien, primo mio: solo debeis disputar para saber cuál de los dos me tiene mas cariño.

ESCENA VI.

Dichos.—Hortensia.

Horten. *(Saliendo de la casa.)* Señora, el almuerzo está en la mesa.

Duq. Me alegro: con eso cortamos... Vamos; ~~dáme el brazo, Hortensia.~~ *(Vánse.)*

Luisa. *(A Fernando.)* Mira, primo.

Fern. Qué quieres?

Luisa. Como incomodes á la abuelita, no me caso contigo.

Fern. De veras?

Luisa. Sé prudente y sumiso, y aquí tienes la recompensa. *(Dándole la mano.)*

Fern. *(Con calma.)* Yo procuraré merecerla.

Luisa. Y yo espero que serás feliz al aspirar á ella.

Fern. *(Id.)* Muy feliz, prima mia.

Duclos. (Muy feliz! Con qué indiferencia habla de su felicidad!) *(Entra en la posada.)*

Luisa. Vé á acompañar á la abuelita; haz con ella las paces mientras yo voy á coger un ramo de azahar silvestre que le gusta mucho. Adios, Fernando.

Fern. Hasta luego, primita. *(Entra en la posada.)*

Luisa. *(Siguiéndole con la vista.)* Mi esposo! Y qué me importa á mí la politica para amarle? Yo he de ser siempre de la opinion de mi marido. Yo he de querer siempre lo que Fernando quiera. *(Sale por la puerta del fondo, sube por la montaña y desaparece.)*

ESCENA VII.

Martin.—Teresa.—*Salen de la posada, y al mismo tiempo entran en el patio algunos* Aldeanos.

Martin. Y la señorita?

Teresa. No la veo.

Martin. *(A los aldeanos.)* Y vosotros no ~~la~~ habeis visto?

UN ALD. ~~A quién~~?
MARTIN. A esa jóven...
TERESA. Allí está... *(Mirando hácia el campo.)* Sí, ella es: está cogiendo flores junto al Salto del Lobo.
MARTIN. Diablo! Cuidado con que se acerque mucho al precipicio... Ayer mismo hubo un hundimiento y por poco no voy á parar al fondo del abismo.
TERESA. Voy á llamarla. Eh! señorita! quitaos de ahí! no os acerqueis. Señorita!
ALDEA. Bajaos de ahí, señorita!
MARTIN. No hace caso; *(Saliendo y subiendo por la montaña.)* se rie de nosotros y se acerca mas todavía. Separaos del precipicio!
TODOS. Deteneos!
TERESA. Por Dios, no sigais mas!
MARTIN. *(Dando un grito.)* Ah! *(Movimiento general. Todos separan la vista horrorizados.)*
DUCLOS. Qué es eso?... y Luisa, dónde está?
MARTIN. Tranquilizaos... creo que se salvará: han acudido á socorrerla... Sí, sí, *(Con alegría.)* se salvó!
DUCLOS. Salvarse! quién? *(Corre hácia la ventana y aparecen Luisa y Estrella.)* Luisa!
LUISA. Aquí estoy!

ESCENA VIII.

Dichos.—LUISA.—ESTRELLA.

DUCLOS. Se ha salvado! Dios mio! y no estais herida?
LUISA. No me ha sucedido nada; pero si vivo se lo debo á esta jóven.
ESTREL. Dios quiso que llegara á tiempo.
LUISA. A no ser por ella, mi querido Duclós, no me hubiérais vuelto á ver. Estuve á punto de caer en el torrente.
DUCLOS. Vos! *(Vá á dirigirse á Luisá lleno de alegría, pero se detiene y luego se vuelve hácia Estrella.)* Con que es esta jóven la que... permíteme que te abrace... *(Abraza á Estrella y mira á Luisa.)* (Morir ella, Dios mio!)

SOUTHAMPTON LIBRARY UNIVERSITY

ESTREL. Pero señor, (*Admirada y procurando desasirse.*) por qué es esto? (*Vá á sentarse en el banco de la derecha y se pone á comer.*)

LUISA. No he querido soltar el ramillete de azahar qué fui á coger para mi abuelita. Tomad, señor Duclós; llevadlo de mi parte. No quiero que advierta mi conmocion: decidla que no tengo apetito y que prefiero ver estas montañas de nieve... Cuidado, que no sospeche siquiera que he corrido el menor riesgo... Id, amigo mio.

DUCLOS. (*Tomando el ramillete.*) Voy al momento. (Y por coger estas flores ha espuesto una vida tan preciosa!) (*Toma sin que ella lo vea una flor del ramillete y la guarda.*)

LUISA. No vais?

DUCLOS. Sí, sí, al momento. (*Entra en la posada.*)

LUISA. Y vosotros, amigos mios, cuidado con que nadie hable de lo que me acaba de suceder.

MARTIN. Nadie, señorita; no tengais cuidado.

TODOS. No, señora, no.

LUISA. (*Dándoles el dinero que lleva en el bolsillo.*) Tomad para que seais discretos. (*A Estrella.*) Ay, Dios mio, les he dado á ellos todo el dinero, y no me he quedado con nada para tí!

ESTREL. Ibais á darme dinero... y para que me serviría?

LUISA. Cómo?

ESTREL. Dinero! Yo no tengo padre ni madre, no tengo á quién dárselo en este mundo.

LUISA. Pero tú no lo necesitas?

ESTREL. Yo!... Y qué he de hacer yo con él... allá arriba?

LUISA. Pues qué, vives?...

ESTREL. Juan me lleva una vez á la semana el pan y el queso que necesito mientras dura la buena estacion; pero cuando llega el invierno es preciso comer pan duro y encerrarse tres meses con el ganado.

LUISA. (*A Teresa.*) Pero es eso cierto?

TERESA. Cierto, señorita.

MARTIN. Todavia hay pastos para el ganado, pero cuando los caminos se ponen intransitables y no pueden bajar, cuando viene la época de las nieves el pastor ó la pastora se encierra durante el in-

vierno, despues de reunir provisiones para tres meses.

ESTREL. Si hoy he bajado de mi choza es porque he visto algunas nubes muy oscuras y he oido el viento silbar en la montaña... eso quiere decir que va á comenzar temprano la invernada y es preciso que suban al momento el forrage para el ganado, y la comida para el perro y para mí.

MARTIN. Eh! muchachos, ya lo ois: id á buscar al señor Antonio, ya sabeis que el pobre viejo desea subir siempre y rogar á Dios por los que van á pasar tres meses debajo de la nieve.

LUISA. Debajo de la nieve!

ESTREL. Sí señora: la nieve va cayendo poco á poco, llena los barrancos, los precipicios, y oculta los caminos y los senderos. Entonces no se vé mas que una gran llanura blanca, y se corre el riesgo de encontrar á cada paso un abismo: despues cae mas nieve, va subiendo, subiendo... hasta cerrar como con una pared la puerta de mi albergue. Luego se desprenden grandes masas heladas, duras como rocas, que hacen al caer el mismo ruido que la tempestad y despiden una porcion de nieve, que cubre completamente mi pobre cabaña, haciéndola estremecer y dejándola enterrada á mas de cien piés de profundidad, segun dicen. Entonces se queda una como muerta por espacio de tres meses, sin que nadie pueda llegar hasta allí: ¡solo Dios puede penetrar hasta mi choza y velar por mí!

LUISA. Será una cosa terrible! Pero el aire, ¿cómo podeis existir sin aire?

ESTREL. El aire pasa con el agua que baja de las montañas y que atraviesa por mi choza: cómo queriais que el ganado y yo vivieramos sin agua?

MARTIN. Vamos nosotros, muchachos. Estrella, espéranos aquí.

LUISA. Estrella! (*Martin y los aldeanos se retiran. Teresa da de beber á Estrella y luego entra en la posada.*)

ESCENA IX.

LUISA.—ESTRELLA.

LUISA. Estrella! Es ese tu nombre?

ESTREL. Si señora: me llaman Estrella solitaria: como estoy siempre sola!

LUISA. Estrella, tú me has salvado la vida y no puedo consentir que continues en esa existencia miserable. Quiero llevarte conmigo.

ESTREL. No, señora, no puede ser: ya he ajustado con los ganaderos por todo el año. He comido su pan durante el verano y no he de dejarlos ahora que llega el invierno.

LUISA. Conque es decir que vives abandonada, sola en el mundo?

ESTREL. Sí, señora, sola... mientras dura el buen tiempo van á verme algunos; luego suben tambien viajeros, y despues el eco de la montaña es el que me hace compañía.

LUISA. El eco!

ESTREL. Pero cuando empiezan á desplomarse los montes de nieve, entonces no le oigo, le llamo y no me responde. Entonces me deja ¡ingrato! *(Con alegría.)* Pero me queda mi Leon.

LUISA. Leon!

ESTREL. Sí, señora. Mi perro Leon, que me quiere mucho y que habla conmigo.

LUISA. (*Riéndose.*) Que te quiera no lo estraño; pero que hable contigo!

ESTREL. Y por qué no? A fuerza de oirle y de no ver mas que á él, he conducido por saber si salta con alegría, si ladra con cólera ó si ahulla con dolor; y conozco cuando me dice que tiene hambre y que me quiere: los que habitan en las ciudades, no tienen perros que comprendan lo que se les dice?

LUISA. Sí.

ESTREL. Pues bien, para que mi perro me comprendiese y yo no le comprendiera á él, sería necesario que él tuviera mas entendimiento que yo.

LUISA. Tendrás razon en todo lo que dices, pero es preciso que te vengas con nosotros.

ESTREL. No, señora, no puede ser. (Todavia me queda la esperanza de que mi padre...)

LUISA. Vamos, es preciso.

ESTREL. No señora, estoy tan acostumbrada á vivir en esas alturas!...

LUISA. En fin, puesto que no quieres... pero voy á darte... (*Arranca una hoja de su libro de memorias y escribe.*) Toma mi nombre y el punto en donde resido... Si algun dia eres desgraciada, escribeme.

ESTREL. Yo!

LUISA. Es verdad, tú no sabrás escribir: pero harás que otro lo haga por tí; si te sucediere alguna desgracia vé á buscarme, Estrella, y no olvides que tienes en mí una amiga. *(Le dá el papel.)* Una hermana!

ESTREL. Me ha llamado su hermana! Cómo me gusta ese nombre! Es la primera vez que le oigo! En fin, señorita, guardaré este papel, pero Dios me libre de abandonar estas montañas.

ESCENA X.

Dichos.—UN ANCIANO.—MARTIN.—TERESA.—ALDEANOS. *Estos vienen cargados de provisiones para el invierno.*

ANCIANO. Estrella, aquí venimos para conducirte á tu choza.

LUISA. Tan pronto!

ESTREL. Adios, señora! hermana

LUISA. *(La abraza.)* Adios, ~~hija~~ mia! Me da miedo el considerar que vas á pasar tres meses debajo de la nieve. Si te pusieras mala durante ese tiempo!

ANCIANO. Dios velará por ella! *(Algunos aldeanos empiezan á subir por las montañas.)*

ESTREL. Y aun cuando yo muera, qué importa? Mi madre ha muerto.

ANCIANO. *(A Estrella.)* Vamos, hija mia. *(Estrella va á partir.)*

LUISA. *(Deteniéndola.)* Espera. *(Quitándose una sortija que coloca en su dedo.)* Esta sortija que traigo de Roma la bendijo Su Santidad: llévala siempre para que te acuerdes de mí. Adios, Estrella!

ESTREL. Adios... no sé vuestro nombre.

LUISA. Me llamo Luisa!

ESTREL. Pues... adios, Luisa!

LUISA. Adios! *(Estrella se aleja poco á poco apoyada en el brazo de un viejo: Luisa la hace señas y vuelve hácia ella para abrazarla. El viejo la espera con un baston en la mano.)*

ESTREL. *(Separándose de sus brazos.)* Casi siento haberos conocido: ahora mi soledad me va á parecer insoportable!... *(Vuelve á abrazarla y esclama con esfuerzo.)* Vamos... Vamos... *(Estrella, el viejo y los demás se alejan. Martin y su mujer se quedan solos con Luisa, que hace señales de despedida á Estrella, la que desaparece por las montañas. Luisa entra en la posada.)*

ESCENA XI.

MARTIN.—TERESA.—*Despues* MAURICIO.

TERESA. Yo no sé por qué; pero nunca me ha conmovido tanto como ahora la despedida de la pastora.

MARTIN. Efectivamente, tambien á mí me ha conmovido y casi he llorado.

TERESA. Quiera el cielo que no le suceda ninguna desgracia!

MARTIN. Bah! No temas: el señor cura dice con mucha razon que allá en las montañas hay un protector de los desamparados. *(Al decir estas palabras aparece Mauricio por la derecha en primer término. Viste como los granaderos del Imperio. El capote lo trae roto, el pantalon atado*

con una cuerda de esparto, y el tricornio muy usado. Anda con dificultad, apoyándose en un palo. Entra mirando á todas partes y hablando con emocion.)

MAUR. Mi pais!... Mi aldea!... Sí, sí, aquí es.

MARTIN. *(Volviéndose.)* Quién?...

TERESA. Un pobre veterano. Oh! su aspecto me causa lástima.

MAUR. *(Vacilante.)* Amigos mios...

TERESA. Dios mio! se va á caer!... *(Corre á él y le recibe en sus brazos haciéndole sentar á la izquierda cerca de la posada.)* Estais muy cansado, no es verdad?

MAUR. Sí, sí, la fatiga, el hambre.

MARTIN. }
TERESA. } El hambre! *(Mauricio baja la cabeza.)*

TERESA. Esperad... buen hombre, esperad! *(Entra en la posada.)*

MARTIN. Animo, amigo mio, ya cuidaremos de vos. Vamos, Teresa: pronto!

TERESA. *(Trae pan y un vaso de vino. Dos criados conducen una mesa.)* Tomad, tomad... Os lo ofrecemos de todo corazon.

MAUR. *(Despues de haber bebido.)* Aquí... ya puedo aceptarlo sin rubor, porque al fin sois de los mios.

MARTIN. Cómo!

MAUR. He nacido en este pais.

TERESA. De veras?

MAUR. Sí... esta es la posada de Francisco.

MARTIN. Hoy es mia.

MAUR. *(Señalando al otro lado.)* Allí abajo está la casa de Antonio: *(Con emocion.)* un poco mas lejos la de una pobre mujer cuyo marido está ausente hace diez y seis años. Oh! *(Buscando con la vista.)* Ahora solo hay una miserable choza. *(Mirando siempre.)*

MARTIN. La de Catalina?

MAUR. *(Temblando.)* Sí.

TERESA. Hace diez años que está abandonada y se ha arruinado.

MAUR. *(Temblando.)* Abandonada! y cómo? por qué?

TERESA. Por que la infeliz ha muerto.

MAUR. (*Llevando la mano al corazon.*) Muerta! muerta! Y he andado dos mil leguas solo por verla!

TERESA. Vos!

MAUR. Sí; me he valido de todos los medios imaginables para huir de la Siberia. El engaño, la astucia... todo lo puse en juego para conseguir mi libertad.

TERESA. } La Siberia!!!
MARTIN. }

MAUR. He tenido que sufrir tanto para salvar las líneas enemigas!... Lleno de heridas, agoviado por los padecimientos, he atravesado la Rusia y la Alemania: yo no sé cómo sobrevivo. Atormentado por el hambre... estenuado por la fatiga, caminaba alentado por el deseo de verla. Animo, me decia, anda sin descanso para llegar á su lado y enjugar sus lágrimas. Apresúrate á consolar á la que te cree muerto... Cuando el hambre me acosaba, procuraba imponer silencio á mi desesperacion... y ocultando mi rostro con una mano, alargaba la otra para pedir limosna.

TERESA. Infeliz!

MARTIN. (*A Teresa.*) Es él, es Mauricio!

MAUR. (*Levantándose.*) Y ahora que esperaba el término de mis desgracias... ahora que creia poderla abrazar... (*Con desesperacion.*) Muerta! Ha muerto! Esto es horible! (*Calmándose de repente y descubriéndose.*) Perdóname, Dios mio!... ha sido tu voluntad... Sin duda has querido que no compartiera conmigo la miseria! (*Cae sobre el banco llorando.*)

TERESA. Señor Mauricio, no os aflijais así!

MARTIN. Sobre todo, os queda una hija que sabrá consolaros de su pérdida.

MAUR. (*Levantando la cabeza.*) Una hija habeis dicho? Hablad, decidme donde está!

TERESA. Si señor, una hija: os habrá creido muerto y por eso no os habrá escrito. Catalina, poco despues de vuestra partida al ejército...

MAUR. Acabad...

MARTIN. Dió á luz una niña.

MAUR. (*Levantándose.*) Mi hija!... pero no me enga-

ñeis, decidme la verdad... Con que tengo una hija?

TERESA. Sí, no lo dudeis.

MAUR. Una hija de mi Catalina?

TERESA. Sí... ya os lo he dicho.

MAUR. Pero... dónde está? Decídmelo para que yo la pueda abrazar. Ah!... No en vano ha conservado el cielo mi vida. Mi hija!

MARTIN. Y muy linda... Por cierto que hace un momento estaba aquí... pero ahora...

MAUR. Ahora... *(Se oyen á lo lejos las gaitas de los montañeses que acompañan á Estrella.)*

MARTIN. Escuchad, no oís?

MAUR. Qué?

TERESA. Son los aldeanos que acompañan á Estrella y la llevan provisiones para el invierno.

MAUR. Estrella!

TERESA. }
MARTIN. } Ese es el nombre de vuestra hija!

MAUR. Se llama Estrella y... decís que la llevan...

MARTIN. Habeis olvidado ya las costumbres del pais?... Vuestra hija guarda un rebaño y hoy es el dia señalado para encerrarse en su cabaña... por tres meses.

MAUR. Oh! no, no lo consentiré... hija mia! Quiero verla, quiero que permanezca á mi lado... quién me podrá conducir?

Telon

ESCENA XII.

Dichos.—FERNANDO Y UN GUIA, *que salen de la posada.*

FERN. Vamos, anda delante... quiero que me enseñes el camino, deseo asistir á la bendicion de la cabaña que va á cerrarse por tres meses.

MAUR. *(A Fernando.)* Caballero... vais á subir á la montaña y teneis un guia... me permitireis que os acompañe?

FERN. Con mucho gusto... podeis venir con nosotros.

MAUR. Vamos... sin dilacion.

MARTIN. Pero... debeis estar muy cansado?

MAUR. *(Sin ser oido de Fernando.)* Bah!... He andado dos mil leguas para venir aquí y no debo reparar en una ó dos mas por abrazar á la hija de mis entrañas. Vamos!...

FERN. }
GUIA. } Vamos!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

c. A. media luz

ACTO SEGUNDO.

La escena pasa en la cima de los Alpes. A la izquierda del público se ve una cabaña que ocupa las dos terceras partes de la escena. En el fondo de ella una puerta que comunica con las montañas. Otra á la izquierda que comunica con el interior. Por encima de la cabaña se distinguen los montes nevados, y en la cima, sobre ella aparecerá una masa informe de nieve que se ha de desprender en un momento dado. A la derecha se ven tambien montañas en dos términos. Al levantarse el telon Estrella entra en la cabaña rodeada de algunos aldeanos que conducen provisiones y las dejan en diferentes sitios de la choza. Principia á anochecer y durante el resto del acto cierra la noche.

ESCENA PRIMERA.

ESTRELLA.—UN ANCIANO.—MONTAÑESES.

ESTREL. *(Rodeada de los montañeses que la dan la mano.)* Gracias, amigos mios, gracias. Ya estoy en mi choza, y merced á vosotros no me faltarán provisiones durante el invierno. Ahora, creedme, no os detengais. Mirad, mirad allá arriba... por encima de nuestras cabezas. No olvideis el aviso.

ANCIANO. Todavia...

ESTREL. No veis las golondrinas? Reparad como se alejan y me abandonan hasta la primavera; seguid su ejemplo, marchaos, pero no tomeis ese sendero. *(Señalando desde la puerta.)* Por ahí se

precipitan casi siempre las masas de nieve. *(Designando otro lado.)* Id por el puente, que ofrece menos riesgo y es mas corto el camino.

ANCIANO. (Pobre niña!... Me estremezco al considerar que al volver aquí, cuando las nieves lo permitan, podemos encontrarla muerta!.... Qué situacion, Dios mio!)

ESTREL. Eh? Qué estais diciendo?

ANCIANO. Nada, hija mia... decia que deseo darte mi bendicion y que el cielo no te desampare... Sí... Estrella, Dios te bendecirá!

ESTREL. Asi lo espero.... conque ya podeis poneros en camino... adios, adios, amigos mios!!

TODOS. *(Alejándose despues de darla la mano.)* Adios, Estrella! *(Estrella los sigue y se arrodilla para recibir la bendicion del anciano. Despues entra en la cabaña: toma un báculo con una gran punta de hierro por contera: se coloca un pañuelo y dirigiéndose á la puerta saluda á los aldeanos.)*

ESTREL. Adios! Adios!

ESCENA II.

ESTRELLA.

Ya estoy sola... sola... como siempre!... *(Escuchando el ruido que produce el viento.)* Y acaso dentro de poco... Mientras esas buenas gentes me acompañan me halaga mucho que no duden de mi valor, y me esfuerzo por aparecer animosa; pero apenas se han alejado, despues que sus voces se pierden por la distancia... bajo mi cabeza, y no puedo sonreirme... y hoy menos que nunca... siento aquí un peso que me ahoga! No sé lo que pasa por mí... quiero llorar... y no puedo!... *(Mira la sortija que tiene en el dedo.)* El recuerdo de aquella jóven tan hermosa y tan rica... que me llamaba su hermana... instándome á que la acompañase... Y he rehusado!!... Era mi deber!.. En fin,

no quiero pensar mas en eso. Ea, corazon, no desmayes... y ahora... *(Se dirige á la puerta.)* ahora que el viento se ha calmado, y Dios me deja algunos instantes para ver el dia, voy á despedirme de todo lo que me rodea, del cielo, de las montañas, del sol que pronto se ocultará. Despidámonos tambien de ese amigo inseparable, de ese fiel compañero que llaman... *Eco.* Tambien él me abandonará asi que mi choza quede sepultada bajo la nieve!

ESCENA III.

ESTRELLA.—*Despues* FERNANDO, *cuyos gritos se oyen á lo lejos.*

FERN. *(Dentro.)* Por aquí! por aquí!...

ESTREL. Esa voz,.. sin duda algun viajero que se ha perdido en la cima de las montañas!... Desgraciado! Quizás no sepa el peligro que le amenaza. *(Se oye el ruido del viento con mucha mas fuerza que antes.)* El viento brama con violencia! Dios mio!

FERN. *(Gritando.)* Socorro! Socorro!

ESTREL. Desgraciado! va á perecer! *(Entra precipitadamente en el interior de la cabaña: toma su baston y abre la puerta de la izquierda.)* A mí, Leon!! *(Un perro de los Alpes aparece en la escena, saltando al rededor de Estrella: ella lo agarra por el collar.)* Escucha! allá abajo! un viajero en la nieve! Es necesario salvarle! busca!.. busca! Leon! *(Le suelta, y el perro se aleja con ella. Durante este tiempo cae mucha nieve. Se oyen los ladridos del perro. Un poco antes de salir Estrella, Mauricio aparece en la montaña del segundo término á la izquierda haciendo esfuerzos para abrirse paso entre las rocas y la nieve.)*

ESCENA IV.

MAURICIO.

Que no me falte aliento! Dadme valor, Dios mio! Pero por donde me dirigiré? Cómo he de sostenerme entre esas moles inmensas de nieve y de hielo! Por todas partes un peligro inminente... á mis piés y sobre mi cabeza. (*La tempestad cesa un momento.*) Una cabaña! La suya tal vez! y nos separa un abismo!.. Oh! allí hay un puente y el camino que conduce á su choza... Arrostrémoslo todo hasta conseguir estrecharla sobre mi corazon!! (*Desaparece.*)

ESCENA V.

ESTRELLA.—FERNANDO, *conducido de la mano por ella, apoyándose en el baston que le ha dado.*

ESTREL. Nada teneis que temer: ya estais libre y en mi cabaña.

FERN. Vuestra cabaña! gracias... gracias, hermosa jóven! mi ángel salvador!

ESTREL. Sentaos, estareis muy fatigado. (*Le hace sentar en un banco: el perro les ha seguido. Estrella lo acaricia y lo lleva dentro.*)

FERN. Bien cara he pagado mi curiosidad! (*La nieve cae con abundancia, y va tomando proporciones la masa que debe formarse en la colina que hay sobre la montaña.*)

ESTREL. Vuestra curiosidad!

FERN. Sí... á pesar del ruido imponente del aire me arrastraba hácia aquí un deseo irresistible de presenciar ese terrible espectáculo: en vano me suplicaba el guía que desistiese... yo no le escuchaba. Mi ansiedad crecia por momentos, y despreciando sus avisos subí á la montaña,

desde donde ereí poder eontemplar ese admirable fenómeno que presenta la naturaleza y donde hubiera hallado la muerte. Mueho me ha valido tu auxilio, porque me has socorrido y ahora... te deberé tambien el poderme reunir á mis compañeros.

ESTREL. Vuestros eompañeros! El guia y...

FERN. Y un pobre soldado que se empeñó en venir eonmigo.

ESTREL. Un soldado! *(Dirigiéndose á la puerta.)* Y se habrá perdido tambien? Qué será de él?

FERN. *(Levantándose.)* Debo suponer que se habrá vuelto eon el guia, porque no se atrevieron á seguir mis huellas... y han heeho muy bien.

ESTREL. Ahora reeuerdo que en el momento de ayudaros á levantar de entre la nieve se me figuró haber oido voces, no sé háeia qué parte... no pensaba entonees mas que en vos... pero sentiria que ese hombre hubiese pereeido.

FERN. Dios le habrá prestado su proteeeion: le he visto hoy por la primera vez, pero me ha cautivado su militar franqueza y sentiria no volverle á eneontrar. *(Mira desde la puerta.)* No es por allí por donde sigue el sendero que eonduee á la aldea?

ESTREL. Sí, por allí es; no perdais un solo instante.

FERN. Me he he separar de vos tan pronto!

ESTREL. Al momento.

FERN. Sin haberos manifestado toda mi gratitud, sin haberos dieho...

ESTREL. Nada, nada: el viento ha cesado, aprovechad la oeasion y apresuraos á bajar: *(Abre la puerta.)* no perdais un momento.

FERN. Pero...

ESTREL. Os va en ello la vida.

FERN. Pues bien, adios! adios! *(Vá á salir y de repente el viento se deseneadena eon una violeneia estraordinaria: se oye un ruido espantoso que haee crugir las máderas de la eabaña: nieva al mismo tiempo.)*

ESTREL. Detencos!... entrad... entrad al instante! *(Cierra la puerta.)*

FERN. Ese ruido...

ESTREL. Es la nieve que principia á desprenderse.

FERN. La nieve!

ESTREL. Y muy cerca de nosotros; sobre nuestras mismas cabezas. (*Gruesos montones de nieve se desprenden por todas partes: Estrella cae arrodillada.*)

FERN. Dios mio!

ESTREL. Él nos socorra!... nuestra suerte está decidida!... Señor, compadécete de nosotros!... Esta vez no estoy yo sola, y él tendrá familia! (*Nuevo ruido del aire. La cabaña se cubre de nieve completamente y el aire cesa.*)

FERN. Ya pasó!

ESTREL. Sí, nos hemos salvado! (*Se levanta.*) Bendito seas, Señor!

FERN. (*Descubriéndose.*) Sí... sí... demos gracias á Dios!... Y ahora ya puedo partir, no es verdad?

ESTREL. (*Con asombro.*) Partir!

FERN. Quién lo impide?

ESTREL. (*Abre la puerta que está obstruida hasta el techo.*) Mirad!

FERN. Cielos!... Esto es una prision!... una tumba! Y he de estar encerrado aquí durante muchas horas?

ESTREL. Horas! oh! si no fuesen mas que horas!

FERN. Dias enteros quizás?

ESTREL. No, meses.

FERN. Meses!... (Y los que me aguardan?... Cuál será su inquietud y su dolor, no viéndome llegar?...) No, yo no puedo quedarme!... Es imposible!... Es imposible!

ESTREL. Y qué habeis de hacer? Solo Dios puede abriros un camino. No hay remedio, teneis que esperar.

FERN. Esperar! Y cuando mi paciencia se agote... qué haré? Qué he hacer aquí? Me moriré!

ESTREL. (*Toma los avios de encender luz.*) No hace cinco años que yo vivo aquí?

FERN. Cinco años! Y qué haces durante el largo cautiverio del invierno?

ESTREL. Trabajo, canto y rezo.

FERN. Tres meses!

ESTREL. No siempre estoy tres meses.

FERN. (*Con alegría.*) Ah!

ESTREL. Algunas veces estoy cuatro.

FERN. Cuatro meses!... Solo aquí!... Durante ese tiempo!

ESTREL. Solo! y yo?... (*Enciende una luz que coloca sobre la mesa y se pone á hacer calceta.*)

FERN. (*La mira con atencion.*) Tú? Tienes razon, jóven encantadora! Tan jóven y tan hermosa, y condenada á vivir en esta soledad!

ESTREL. Cómo? Soy hermosa?

FERN. (*Tomando una silla.*) Nadie te lo ha dicho?

ESTREL. No, señor, nadie.

FERN. Y tú estarás disgustada por haberte quedado conmigo?

ESTREL. Disgustada! Al contrario; estaré muy contenta, si sé que vos lo estais tambien.

FERN. (*Se sienta cerca de ella.*) Qué! Nuestro cautiverio, el considerar que vamos á permanecer juntos tanto tiempo, no te da miedo?

ESTREL. Miedo? y por qué?

FERN. Pero...

ESTREL. (*Se acerca á él.*) Vamos... por qué?

FERN. (*Separándose.*) Porque... Sí, tienes razon... no sé lo que me digo!... el cansancio... la debilidad me han trastornado.

ESTREL. La debilidad!.. esperad, vuelvo al momento. (*Se levanta.*)

FERN. Adónde vas?

ESTREL. A buscar la cena.

FERN. La cena?

ESTREL. Sí, que ya es hora! Os sorprende! ya lo veo; pero no olvideis que aquí siempre es de noche: ya os acostumbrareis á calcular las horas. Si pudiésemos oir desde aquí el relój de la aldea!... Pero no importa... ahora serán las ocho de la noche.

FERN. (*Saca el relój que es de repeticion y da las ocho.*) En efecto, son las ocho!

ESTREL. Oh! qué felicidad! Ya tenemos otro nuevo compañero con quien no contaba. Aguardad, vengo al momento. (*Entra por la izquierda.*)

ESCENA VI.

FERNANDO, *solo, con el relój en la mano.*

FERN. Las ocho! Y habia mandado disponer los caballos para medio dia!... Y mi casamiento debia celebrarse inmediatamente! Encerrado tres meses!... cuatro tal vez!.. con esta jóven tan candorosa y tan linda! (*Estrella entra y él la mira con atencion.*)

ESCENA VII.

FERNANDO.—ESTRELLA.

FERN. (*Viendo que coloca fruta y leche sobre la mesa.*) Qué vais á hacer?
ESTREL. Estoy poniendo la mesa.
FERN. Ah! es la cena?
ESTREL. Sí, leche caliente, queso y pan.
FERN. Está bien! vamos. (*Se pone á comer.*)
ESTREL. (*Sentándose tambien.*) En las ciudades comereis otras cosas, no es verdad?
FERN. Sí, otras cosas.
ESTREL. Entonces las vais á echar de menos.
FERN. (*Sirve leche en las tazas.*) No, no... lo que echaré de menos no es eso.
ESTREL. Pues qué es?
FERN. Mi familia.
ESTREL. Ah! Teneis familia?
FERN. Y tú, no la tienes, pobre niña?
ESTREL. Yo... tengo en el cementerio de la aldea una cruz de madera, que segun me han dicho, es el lugar donde está enterrada mi pobre madre.
FERN. Y no tienes ningun pariente?
ESTREL. Ninguno!... En el pais todos creen que mi padre ha muerto tambien!... pero yo no renuncio á la esperanza de volverle á ver... sí... le espero y por eso no quiero abandonar estas mon-

tañas. Esta mañana precisamente me he negado á ello.

FERN. Qué, te negastes?

ESTREL. Sí... porque le espero.

FERN. A tu padre?

ESTREL. Me sucede con frecuencia, durante el sueño, que le veo y le abrazo... creo y espero en él como creo y espero en Dios. Invoco sus nombres á la vez!... Mi corazon los confunde en un mismo cariño. Dios y mi padre! Pero, qué... estais llorando?

FERN. Como tú!

ESTREL. Oh! Yo tengo mis motivos!... ya lo veis... pero vos, vos... teneis una familia!

FERN. Sí, tengo parientes que me aman.

ESTREL. (*Con espresion.*) Oh! qué hermoso debe ser contar con el amor de otros!

FERN. Pobre jóven!

ESTREL. Habladme de los que os aman.

FERN. Tengo una abuela que me adora: á pesar de su severidad, estará inconsolable esperándome. Además...

ESTREL. Quién?

FERN. Mi... mi... (*Vacilando. Se detiene al mirar á Estrella.*)

ESTREL. Acabad... esa será una palabra muy difícil de decir. Quién?...

FERN. (*Mira la sortija de Luisa.*) Mi hermana!

ESTREL. Ah! Teneis una hermana! Yo tambien la hubiera tenido si quisiera... sí... tendria una hermana. (*Permanece pensativa.*)

FERN. En qué piensas!

ESTREL. En las personas de quien estais separado y en las que yo he perdido; sí, me acuerdo de los que os llorarán y de los que yo lloro!... Hablaremos de ellos muchas veces, verdad? (*Le da la mano.*)

FERN. (*Tomándosela. La mira con emocion y de repente se aleja bruscamente.*) Sí... hablaremos.

ESTREL. Por qué retirais la mano? De qué teneis miedo?

FERN. Yo... de nada, de nada!

ESTREL. En fin, ahora ya es tarde. (*Levantándose*). Es necesario descansar.

FERN. Descansar?

ESTREL. Por supuesto! (*Entra en el establo, volviendo á salir con un haz de paja que pone á la izquierda.*) Esta es mi cama... ahora voy á hacer la vuestra. (*Mira alrededor y se fija en la derecha.*) Ah! (*Pone otro haz de paja en la derecha.*)

FERN. Allí!... pero...

ESTREL. (*Apartando la paja.*) Preferis que la coloque en otro sitio?

FERN. Yo... (*Vuelve á entrar Estrella y saca dos pieles.*)

ESTREL. Y ahora con estas pieles para cubriros... bah! Se duerme tan perfectamente... ya vereis!... Por mi parte os puedo asegurar que paso la noche sin despertar una sola vez. (*Fernando y Estrella colocan la mesa á la izquierda.*)

FERN. Con que yo tambien... (*Se dirige maquinalmente á la derecha donde tiene la paja que Estrella le ha preparado.*)

ESTREL. Pero qué es eso? No habeis rezado aun las oraciones que antes de acostarnos debemos dirigir al Señor!

FERN. Dices bien. (*Estrella se pone de rodillas. Fernando toma una silla y se va al fondo.*)

ESTREL. Dios mio! en tus manos deposito mi corazon y mi alma!... Madre mia, que estás en el cielo, interceded por vuestra hija; rogad al Señor para que le devuelva á su padre! (*Se levanta y se dirige á su cama rezando: se acuesta y queda dormida pronunciando estas palabras.*) Madre mia!... Madre mia!

FERN. Dormida! (*Se levanta.*) Y yo separado de todo el mundo! Solo aquí con ella, tan jóven y tan hermosa! (*La contempla sin acercarse.*) Cuanta inocencia! Cuando llora me hace llorar tambien!

ESTREL. (*Soñando.*) Padre mio! Padre mio!

FERN. (*Conteniendo la voz.*) Su padre!... Duerme en paz, pobre huérfana, bajo la proteccion del cielo! (*Vuelve á su asiento sin dejar de mirarla. Mauricio vuelve á aparecer con el guia en la montaña de segundo término.*)

Felou

ESCENA VIII.

Dichos.—MAURICIO.—EL GUIA.

MAUR. Hija mia! *(Al guia.)* Allí está su cabaña! Miradla! miradla!

GUIA. Es imposible llegar hasta allí! Nos separa un precipicio!

FERN. Tres meses solo con ella!

MAUR. Tres meses sin poderla ver! Recibe al menos mi bendicion! *(Estiende la mano hácia la cabaña. El viento vuelve á oirse de nuevo y cae el telon.)*

Acto

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de la Duquesa.

ESCENA PRIMERA.

DUCLÓS, *sentado, leyendo un periódico.*

HORTEN. Cuántos sucesos, señor Duclós, y cuántos disgustos han ocurrido en el corto espacio de cuatro meses que van á cumplirse desde que llegamos de Italia! Desaparece Fernando, y cuando todos llorábamos su desgracia, un dia, qué dia tan venturoso! se nos presenta devolviéndonos la tranquilidad de que nos veíamos privados. Pero... habeis notado, señor Duclós, qué triste y pensativo se encuentra? Apenas habla, y cuando se sienta á la mesa está tan distraido que ni come ni se ocupa de los demas.

DUCLOS. Su tristeza es muy natural. Al llegar aqui ha encontrado á Luisa casi á las puertas de la muerte.

HORTEN. Ah, cuánto hemos sufrido, temiendo perderla!

DUCLOS. Oh! si eso hubiera sucedido... (*Con sentimiento.*) (yo dejaria de existir.)

HORTEN. El médico opina que su enfermedad...

DUCLOS. Ah!... el médico es un nécio.

HORTEN. Lo creeis así?

DUCLOS. Sí, lo creo!

HORTEN. Sin embargo ha curado perfectamente á ese infeliz soldado que hemos recogido en las montañas, y cuya situacion era tan delicada.

DUCLOS. Si ese anciano se ha restablecido, lo debe seguramente á los cuidados y al esmero con que se le ha tratado. La infinita bondad de la duquesa que se ha condolido de sus padecimientos le ha salvado, y no la ciencia del médico.

HORTEN. Silencio! Alguien llega... es la duquesa.

ESCENA II.

Dichos.—LA DUQUESA, *entrando por la dereeha.—Despues* MAURICIO.

DUQ. Duclós, habeis visto á Fernando?

DUCLOS. Sí señora.

DUQ. Esta siempre triste, abatido, sin hablar con nadie y ocultando las lágrimas que le ahogan.

DUCLOS. Es tan natural su dolor... (*Señala á la habitaeion de la izquierda.*) siempre que recuerde...

DUQ. Sí, sí, teneis razon, yo misma venia ahora temblando para saber cómo continua mi querida Luisa. (*Hace señas á Hortensia que se dirige á la puerta de la habitaeion de Luisa desde donde observa eon cuidado.*)

HORTEN. En este momento está durmiendo.

DUQ. Tanto mejor! Duerme en paz, mi querida hija!

HORTEN. (*Cierra la puerta que ha entreabierto un poco, y habla muy bajo.*) Sí señora, durmiendo.

MAUR. (*Aparece en el fondo y se dirige á la duquesa.*) Permitidme, señora, que...

DUQ. Ah! sois vos, Mauricio.

MAUR. Sí señora, yo soy que vengo antes de partir á

daros las gracias por los favores que habeis dispensado á un pobre soldado á quien no conocíais.

DUCLOS. Partir!... vos!... de ninguna manera: la señora duquesa no lo consentirá.

MAUR. Perdonad, mi capitan, pero...

Duclos ~~DUQ.~~ Nada, nada. No os hallais en estado de esponeros á las fatigas de un viaje.

DUQ. Es muy cierto... y ademas dónde quereis ir?

MAUR. Señora. Ya puedo decíroslo... voy á buscar á mi hija.

DUCLOS. Vuestra hija!

DUQ. Teneis una hija?... Ah! recuerdo ahora que durante el delirio que habeis tenido en vuestra enfermedad, hablábais continuamente de una hija.

MAUR. Mi hija... sí señora, mi hija que el cielo no ha querido dejarme aun abrazar. Mi hija de quien no me he atrevido á hablaros porque vos, señora, teneis grandes disgustos y sois tambien desgraciada; pero una vez que os dignais preguntarme por ella, debo manifestaros que las pesquisas que se han hecho prra encontrarla han sido inútiles. Por eso me he decidido á ir yo mismo á buscarla. La cabaña que habitaba está desierta, y el pastor de Saint-Didier que habia prometido escribirme, no me ha enviado noticia alguna.

DUQ. Mauricio, suspended vuestro viaje; nuestras diligencias serán sin duda mas eficaces que las vuestras. Dispondremos que se la busque por todas partes, y la hija que llorais os será devuelta.

MAUR. Devuelta!... Oh! Señora! Señora! Cómo podré pagaros tantos beneficios!

DUCLOS. Conque estamos convenidos? (*A Mauricio.*) Permanecereis en esta casa?

DUQ. Sí, quedaos algunos dias y si al cabo de ellos no teneis contestacion, ó no adquirimos nosotros algunas noticias... podeis partir.

MAUR. Pues bien, señora, me quedaré; pero os suplico que cuanto antes deis vuestras órdenes.

DUQ. Tranquilizáos, hoy mismo las daré; luego que

hayamos enterado á mi pobre Luisa de la vuelta de su primo: hace un mes que vino y ella lo ignora, porque el médico desea evitarla toda emocion violenta.

DUCLOS. El médico! Siempre el médico! Ah! señora, si quisiérais creerme...

DUQ. Qué?

DUCLOS. Hace mucho tiempo que os he suplicado, y vos me habeis prometido lo que de nuevo os pido hoy: enviar á paseo al médico y sus recetas, y no seguir otras que mis consejos, porque creo conocer mejor la enfermedad de Luisa. Haced que venga Fernando... que ella le vea ,y yo os respondo, sí señora, de su salud.

ESCENA III.

Los mismos.—FERNANDO.

DUQ. Fernando!

FERN. Os traigo una carta que acaban de entregarme.

MAUR. Una carta! Oh! si fuera!...

FERN. Sí, una carta de París... para vos, madre mia.

MAUR. No... la esperanza me engaña.

DUQ. De París... para mí... *(Toma los papeles y los examina con precipitacion.)* Oh! Dios mio, un gran favor que colmaria todos mis deseos, y que lisonjearia mis esperanzas en otra ocasion, pero inútil ahora en el estado en que se encuentra mi desventurada hija.

HORTEN. Ah! *(Observando en la puerta de la derecha.)* Se ha despertado! *(Entra en la habitacion de Luisa.)*

DUCLOS. *(A la duquesa.)* En fin, señora, qué decidís?

DUQ. Pues bien, me someto á lo que dispongais... Fernando, retírate cuando Luisa venga á esta sala. *(A Mauricio que se dirige á la puerta del foro.)* Mauricio, no me olvido de vuestra hija.

MAUR. Que Dios vele por la señorita Luisa. *(Mauricio sale por el fondo: la duquesa entra en la habitacion de Luisa.)*

ESCENA IV.

DUCLÓS.—FERNANDO.

FERN. (No debo perder un instante; Estrella me espera.) (*Se dirige con viveza á Duclós.*) Duclós, sois el amigo de nuestra familia: os suplico que me aconsejeis; ayudadme á conjurar las desgracias que me amenazan y que nos alcanzarán á todos.

DUCLOS. Desgracias!... no comprendo. Temeis quizá que vuestra prima?... Oh! tranquilizaos, estoy bien seguro de conocer su enfermedad y os respondo de su pronta curacion... no lo dudeis... vuestro enlace se verificará muy pronto.

FERN. Y si ese casamiento no debiera, no pudiera realizarse?

DUCLOS. (*Con alegría.*) Qué decís? que no se realizará! Luisa no será vuestra esposa!... Luisa...

FERN. (*Mirando con inquietud á la habitacion de Luisa.*) Silencio!

DUCLOS. (Desventurado! Qué es lo que hago? Pensar en mi loca pasion cuando se trata de su existencia!)

FERN. Escuchadme, capitan; ya os he dicho, y á todo el mundo lo he repetido, que hace tres meses debí mi salvacion en los Alpes...

DUCLOS. Sí, sí recuerdo; á un pastor en cuya cabaña permanecisteis hasta tanto que los caminos estuvieron espeditos.

FERN. (*Mirando á la habitacion de Luisa.*) Sí... un pastor... eso es... Pero lo que no os he dicho aun es, que durante esos tres meses de soledad... alejado de esta casa y de Luisa he reflexionado con tranquilidad y...

DUCLOS. Y... hablemos con franqueza, habeis llegado á creer que vuestra prima tan viva, tan bulliciosa como indiferente, no ha sentido jamás hácia vos esa profunda ternura que buscais en la que se ha de llamar vuestra esposa?

FERN. En efecto... yo creo...

DUCLOS. Pues os equivocais; la salud de vuestra prima no ha inspirado nunca la menor inquietud hasta el dia en que volvísteis de Italia.

FERN. Ya lo sé.

DUCLOS. Y entonces, cuando el guia nos aseguró que muy en breve estariais de vuelta, su júbilo rayó en locura al ver los preparativos de la boda y los regalos de la duquesa que todavía están allí. (*Señala al fondo del teatro. Fernando los mira con emocion. Duclós continúa.*) Pero trascurridos dos dias esperando inútilmente, se advirtió en ella un cambio terrible. Siempre que alguna noticia falsa nos hacia esperar vuestro regreso, su espíritu se fortalecia, y la veiamos reanimarse al oir pronunciar vuestro nombre. Al dia siguiente se desvanecia su esperanza y se apoderaba de ella esa fiebre devoradora que ningun médico sabe ni puede curar; porque nadie sabe curar las heridas del alma; porque vos sois el único que puede devolver la vida á esa flor que se marchita. Si Luisa se muere, no lo dudeis, es porque está persuadida de que no existís.

FERN. Duclós! Eso no puede ser. El amor de Luisa... (Oh! que no sea verdad, Dios mio!)

DUCLOS. Silencio! ella es; hácia aquí viene. Yo os avisaré cuando debais salir. (*Le hace entrar en la habitacion de la izquierda.*)

ESCENA V.

DUCLÓS.—LA DUQUESA.—LUISA.—HORTENSIA.

Luisa entra muy pálida y con la cabeza inclinada. La Duquesa y Hortensia que viene delante de ella la sostiene.

DUQ. Aquí... (*La hace sentar.*) Siéntate en este sillon.

LUISA. Madre mia... cuantos disgustos os causo!

DUQ. A mí!... Por qué me dices eso?

LUISA. Sí... cómo podré olvidar vuestros cuidados y vuestras lágrimas! Y vos tambien, Duclós...

DUCLOS. Yo llorar! yo... un soldado no llora tan fácilmente... (*Llorando.*) El delirio... la fiebre os lo ha hecho creer.

LUISA. Sí, habeis llorado, amigo mio, como llorais en este momento. (*Con voz ahogada.*) No contengais vuestras lágrimas. Ah! es una felicidad el poder llorar.

DUQ. (Oh! cómo desgarra mi corazon!)

DUCLOS. (*Conteniendo su emocion.*) Si conoceis que todos cuantos nos interesamos por vuestra felicidad tenemos algun derecho á vuestra gratitud...

LUISA. Que si lo conozco, decís!

DUCLOS. Pues bien... en vuestra mano teneis el medio de recompensarnos.

LUISA. En mi mano!... hablad, Duclós.

DUCLOS. Sí, pero antes es necesario que contemos con vuestro valor.

LUISA. (*Levantándose con agitacion.*) Qué quereis decirme?

DUCLOS. Que...

DUQ. Duclós! callad... por Dios... os lo suplico, lo mando.

DUCLOS. Permitidme, señora: me habeis prometido una absoluta confianza.

LUISA. Esplicaos...

DUCLOS. Ya sabeis que hasta ahora no he sido muy feliz cuando he tenido qne daros alguna nueva.

LUISA. De él... es de él de quien teneis que hablarme? no es verdad? vive aun?

DUQ. Luisa!

DUCLOS. Es muy probable... pero en nombre del cielo... calmaos.

LUISA. Hablad... hablad!

DUCLOS. Sí... hablaré; pero despues que os hayais tranquilizado y no esteis agitada. Cuando vuestra mano no tiemble y conteis con mas fuerza y con mas valor.

LUISA. No lo dudeis, puedo escucharos; permaneceré tranquila.

DUCLOS. Pues bien. Nos han engañado otras veces, pero

hoy no, porque hay quien ha visto á Fernando.

LUISA. Le han visto! quién? quién le ha visto?

DUCLOS. Yo.

LUISA. Pero, dónde? cuándo?

DUCLOS. Le he visto...

LUISA. No... no digais una palabra mas, porque vuestra emocion me lo revela todo. Ah! Sí... lo comprendo demasiado: vos no me habeis abandonado un solo dia, por lo tanto si le habeis visto... fué aquí... Si existe, está entre vosotros. Sí... escuchándome tal vez... Fernando!... ven, Fernando!

FERN. *(Apareciendo.)* Luisa!

LUISA. *(Se arroja en sus brazos.)* Ah! Es él! Dios mio... Dios mio!... cuánto os debo!

DUQ. Hija mia!

DUCLOS. Dejadla llorar; esas lágrimas le sirven de consuelo *(Llorando.)* (y á mí tambien.)

LUISA. Fernando! qué feliz soy en este instante! No podeis adivinar, amigos mios, el inmenso peso que ha cesado de oprimir mi corazon. Ya respiro, ya vivo. Ah! sí, soy muy dichosa.

DUCLOS. *(Bajo á Fernando.)* Y ahora, os atrevereis á decir que no os ama?

FERN. No, no; la mataría. *(Bajo.)* (Pero... y Estrella no morirá tambien?)

LUISA. (*Mirando el ajuar de boda que está cerca de la chimenea sobre un velador.*) Mi querida madre, lo teníais todo preparado para nuestro enlace.

DUQ. Vuestro enlace! Estaba tan lejos de pensar en él hace una hora, que apenas he leido esta carta de Su Magestad.

LUISA. Una carta del Rey!

DUQ. (*Sacando la carta del pecho.*) Aquí está: (*Leyendo.*) «Duquesa: no olvidaremos jamás los »servicios de vuestro hijo muerto en el campo »del honor en defensa de nuestra causa, y ten»dremos una satisfaccion en que se celebre el en»lace de la señorita *Gontier*, encargándonos ade»mas del porvenir del que haya elegido por es»poso: es nuestra voluntad que ella misma...

LUISA. Yo misma!

DUQ. »Nos designe su nombre inscribiéndole en el »adjunto despacho de coronel.» Ahí le tienes. (*La duquesa interrumpe la lectura y enseña el despacho.*) «Todo lo que determine (*Continuando »la lectura.*) será sancionado por nuestra auto»ridad real, porque tal es nuestro deseo.—El »Rey.»

LUISA. Es decir, mi querido primo, que vais á mandar un regimiento.

DUQ. Para apresurar vuestra boda, es preciso que Fernando se ponga en camino inmediatamente.

LUISA. Separarnos de nuevo!

DUQ. Ya sabes que los títulos y demas papeles de familia existen en poder de vuestro tio, el marqués, gefe de esta casa, y tan precioso depósito á nadie sino á Fernando se le debe confiar. Solo dista la casa del marqués veinte y cinco leguas, y Fernando estará de vuelta al momento.

LUISA. (*Sonriendo con resignacion.*) Bien, que parta; pero al menos que no vaya solo. Duclós, os ruego que le acompañeis; estoy segura de que admitireis esta comision: no es cierto?

DUCLOS. (*Con resignacion.*) Si, señora.

LUISA. (*Estrechándole la mano.*) Gracias, Duclós, mil gracias.

DUCLOS. (*Despues de mirar fijamente á Luisa, dice á Fernando.*) Estoy á vuestras órdenes, partiremos juntos.

DUQ. (*Toca una campanilla y entra un criado.*) Disponed la berlina de camino. Quiero prepararlo todo yo misma. Fernando, ven á recibir mis instrucciones. Tú, Luisa, espera un momento; no se marcharán sin despedirse de tí.

LUISA. Adios, Fernando!

FERN. Adios, prima mia! (*Se van.*)

ESCENA VI.

LUISA.—*Despues* UN CRIADO.

LUISA. Le he vuelto á ver!... qué dichosa soy... Sin duda alguna me ocultaban la verdad. Pero olvidemos lo pasado; nuestro enlace se llevará á efecto muy pronto. Todos los preparativos están hechos. Aquí está mi ajuar de boda. (*Se dirige al velador. Un criado entra y Luisa se vuelve.*) Qué quereis?

CRIADO. Señorita, una jóven me acaba de dar este papel rogándome que os lo entregue.

LUISA. A mí! (*Toma el papel y lee.*) «Luisa Gontier en Grenoble...» Sí, yo he escrito esto: y decís que es una jóven quien os lo ha entregado?

CRIADO. Sí, señora, es una jóven miserablemente vestida y bien desgraciada al parecer.

LUISA. (*Recordando.*) Ah! Sí... ya recuerdo... hacedla entrar... sí, que venga al instante. (*El criado sale.*) Hoy es completa mi felicidad!

(*El criado conduce á Estrella que permanece á la puerta, y le señala á Luisa. Estrella está vestida pobremente, y todo indica sus continuados sufrimientos.*)

ESCENA VII.

LUISA.—ESTRELLA.

LUISA. (*Tendiéndola los brazos.*) Estrella!

ESTREL. (*Con una mano apoyada en la puerta y dirigiendo la otra hácia Luisa.*) Luisa! os acordais de mí todavía?

LUISA. Sí... sí, acércate, ven á mis brazos.

ESTREL. Oh! qué buena sois!

LUISA. (*Haciéndola sentar.*) Por fin te has decidido á venir?

ESTREL. Si algun dia eres desgraciada, me dijísteis, ven á mi lado. Soy muy desgraeiada, he sufrido mueho, y he venido.

LUISA. Pobre Estrella!... Y por qué no has venido antes?

ESTREL. Los desgraeiados temen siempre ser importunos; ademas no ereí que os aeordaríais de mí. (Esperaba volverle á ver.)

LUISA. Cómo habia yo de olvidarte!... á tí, que me has salvado la vida!... á tí, á quien debo hoy mi felieidad y mi dieha futura... No... no, nuestro primer eneuentro estará eternamente grabado en mi alma. (*Estrechándole la mano.*) Ah! ya no tienes la sortija que te dí.

ESTREL. (*Retirando la mano.*) Vuestra sortija... es verdad, vos me la dísteis: era lo mas preeioso que tenia en el mundo... (*Bajando la vista.*) y la he dado á...

LUISA. A un amante! Con que tienes un amante?

ESTREL. Yo... no... no señora!

LUISA. A un hermano?

ESTREL. Tampoco: soy sola en el mundo, ya lo sabeis.

LUISA. Entonces, á quién la dísteis? es un amigo ó un...

ESTREL. Se la dí á un hombre á quien no volveré á ver, pero á quien jamás podré olvidar. Y si he venido es porque he perdido toda esperanza. Si quereis tenderme una mano bienheehora, haeedlo y no me pregunteis por qué sufro; tened piedad de mis lágrimas sin preguntarme por qué lloro.

LUISA. Yo respetaré tus seeretos! Me has dieho que eres desgraeiada? pues bien, no necesito saber mas.

ESTREL. Oh! gracias, graeias. Dios es testigo de mi inoeencia, y bien sabe que si hay alguna falta no he sido yo la eulpable, ni soy tompoeo indigna de vuestra compasion.

LUISA. Dí del afeeto, del cariño de una hermana: ahora quiero que te quites ese humilde trage y te vistas eomo yo.

ESTREL. Yo... no... no!

LUISA. Sí... lo exijo. Desde ahora cuentas con una familia.

ESTREL. Una familia!

LUISA. Sí; cuando yo era niña tuve una hermana que se llamaba Maria. Tú, que me salvaste la vida, que eres mi hermana, llevarás tambien el mismo nombre.

ESTREL. Dios mio! comienza para mí una nueva vida? es esto un sueño?... Ah! si fuera posible olvidar lo pasado!

LUISA. (*Toca la campanilla y dice á una doncella.*) Dispon una habitacion á esta jóven, á quien guardarás las mismas consideraciones que á mí.

ESTREL. Qué decís? qué pensarán vuestros criados?

LUISA. Pensarán que yo lo mando y nada mas. Viste con uno de mis trages á mi hermana María, y avísame en seguida.

ESTREL. Pero exigís?...

LUISA. Al momento iré á buscarte: espero aquí al que vá á ser mi esposo; vá á partir y quiero decirle adios.

ESTREL. Vuestro esposo!

LUISA. Sí, mi esposo; me voy á casar. No lo sabias? Hasta luego, Estrella; no, hasta luego, María.

ESTREL. Hasta luego, señora.

LUISA. (*Incomodada.*) Señora! Qué has dicho?

ESTREL. Pues bien, hasta luego, Luisa! Cuánta bondad! Dios debe haceros muy feliz. (*Sale con la doncella por la izquierda primer término.*)

ESCENA VIII.

LUISA.

No, el cielo nada me debe... hoy me ha colmado de gozo y de felicidad, mas de lo que yo puedo merecer en toda mi vida. Sí, soy muy dichosa. Fernando me devuelve la tranquilidad que parecia abandonarme para siempre, y Estrella me hace recordar dias que han vuelto á lucir de nuevo para mí... pero ella sufre y la olvido... á ella que me salvó la vida, á ella que busca un amparo en esta casa; desventurada!

En su semblante está retratado el dolor que la embarga! Pero no importa... yo me consagraré á disipar sus penas. Cuál será la causa?... Pero á mí solo me debe interesar su dicha... Cuando me salvó la vida no me preguntó por qué la habia espuesto tan temerariamente.

ESCENA IX.

LUISA.—LA DUQUESA.—FERNANDO.—DUCLÓS.

DUQ. Vamos, despedios y marchad al instante.
LUISA. Tan pronto!
DUQ. A su vuelta firmarás á la vez tu contrato de boda y su despacho de coronel.
FERN. Adios, madre mia. Adios, Luisa, espero encontrarte á mi vuelta completamente restablecida.
LUISA. No temas, puedo responderte de mí... señor Duclós, habeis olvidado mi encargo?
DUCLOS. Luisa, mientras yo viva sabré velar por él.
DUQ. Vamos, vamos. Fernando, abraza á tu esposa. *(Luisa baja los ojos: Fernando se acercà á ella vacilando y la abraza.)*
FERN. Mi esposa!
DUCLOS. Su esposa! Vamos. *(Salen por el foro.)*

ESCENA X.

LUISA.—ESTRELLA, *en traje blanco entra por la izquierda y se acerca á Luisa con cierta timidez.*

ESTREL. Luisa!
LUISA. Qué? *(Viéndola.)* Ah! eres tú? Qué hermosa estás! Cuánto siento que no hayas venido antes. Le hubieras visto.
ESTREL. A quién?
LUISA. A mi esposo: *(Dirigiéndose á la ventana.)* pero

el coche aun está ahí y puedes verlo; ven, ven. (*Se dirige á Estrella y tomándole una mano la conduce á la ventana.*) Quiero que me digas qué tal te parece.

ESTREL. Yo! (*Se oye ruido de un coche.*)

LUISA. Ah! ya se ha marchado!... Pero no importa, pronto volverán y le verás, aunque temo que le parezcas mas hermosa que yo.

ESTREL. No digais eso!

LUISA. Sí... sí; estás muy bella. Pero yo me esmeraré en presentarme hermosa para competir contigo. Tengo ahi todos mis trages y quiero que los veas, me dirás tu opinion.

ESTREL. Mi opinion... yo! una pobre hija de las montañas!

LUISA. Sí tal... las hijas de las montañas tienen tambien un gusto delicado... porque el sentimiento de lo bello lo inspira la naturaleza... yo te confieso que me gustas mucho con ese traje... ahora tú me dirás lo que te parezco con los mios. Vamos, ayúdame. (*Luisa y Estrella examinan la caja donde están los adornos.*)

ESTREL. (*Trayendo una corona que saca de la cestilla.*) Una corona de boda!

LUISA. (*Quiere ponérsela.*) Sí, déjame ver como estás con ella: póntela.

ESTREL. (*Retirándose con sentimiento.*) Oh!... no... no... os lo suplico.

LUISA. (*Con asombro.*) Pero qué tienes?

ESTREL. (*Llorando.*) Ah! si supiérais el daño que me haceis!

LUISA. (*Movimiento de Estrella.*) Yo!... pero qué significa?... No, no; te he prometido respetar tu silencio... perdóname.

ESTREL. Qué buena sois!

LUISA. Ah! se me olvidaba. ¿Dónde estará el aderezo de perlas?

ESTREL. (*Toma de la canastilla diferentes adornos entre los que hay un medallon.*) Aquí está. El collar... los brazaletes... y... (*Mirando el retrato. Da un grito.*) Ah!

LUISA. Qué tienes?

ESTREL. Este retrato... sí, es él!

LUISA. Es el suyo.
ESTREL. De quién es?
LUISA. De mi futuro esposo.
ESTREL. Vuestro esposo!... Fernando!
LUISA. Cómo sabes su nombre? no creí habértelo dicho.
ESTREL. (Su esposo!)
LUISA. Tiene un nombre muy bonito, no es cierto?
ESTREL. (*Esforzándose.*) Sí.
LUISA. (*Dirigiéndose á ella.*) Vamos, dime la verdad: qué te parece?
ESTREL. A mí!
LUISA. (*Tomando el medallon.*) Oh! está muy bien... No es verdad que es un bizarro jóven?
ESTREL. (Dios mio! tened piedad de mí.)
LUISA. Qué fisonomia tan noble y tan sincera... Oh! es incapaz de engañar á nadie.
ESTREL. Ah! confiais en su palabra?... y en sus juramentos!
LUISA. Sí... sí, confio.
ESTREL. Le amais mucho?
LUISA. Que si le amo!... y tanto que estaba próxima á morir porque creí que él habia muerto; ya puedes figurarte si le amaré.
ESTREL. Y él os ama tambien lo mismo? Os lo ha dicho?
LUISA. Pues si nos casamos dentro de ocho dias.
ESTREL. (Ah! todo se ha concluido para mí.)
LUISA. (*Volviendo á sentarse.*) Vamos... vamos... acaba de ponerme los adornos.
ESTREL. (*Con voz apagada.*) Yo!... sí, voy... (*Yendo hácia ella.*) Continuemos. (Su esposa!) (*Vá á ponerle el ramillete, pero lo deja caer y las lágrimas la ahogan.*) No, no puedo... no puedo mas. (*Llora.*)
LUISA. Por qué lloras? Qué significa ese llanto?
ESTREL. Oh! perdonadme... pero esa corona... esos preparativos... ah! Si supiérais... yo me vuelvo loca.
LUISA. Loca!... por qué?
ESTREL. Quereis saberlo? pues bien...
LUISA. Acaba.
ESTREL. (Qué voy á hacer? Me ha socorrido en mi desgracia... yo solamente debo sufrir.) Adios, se-

ñora: no debo... no quiero permanecer mas tiempo aquí.

LUISA. Me quieres abandonar...,. rehusas decirme la causa de tu dolor y de tus lágrimas?

ESTREL. Pues bien, voy á decírosla; quiero abandonaros porque vuestra felicidad debe conmover á la que nunca puede ser feliz: porque yo tambien he amado y como vos he estado separada de aquel á quien adoraba, pero el hombre á quien amais ha vuelto á vuestros brazos, y el que yo amo no volverá jamás.

LUISA. Pero no desesperes, estando á mi lado yo podré consolarte.

ESTREL. Vos!

LUISA. No me has dicho que no eras culpable?

ESTREL. Culpable!... Yo no sabia lo que era cometer una falta. El culpable es el que me juró volver á mi lado, y luego me abandonó para siempre. Oh! ya veis que es necesario que nos separemos... que parta al momento.

LUISA. No... te lo prohibo.

ESTREL. Adios, señora, adios. (*Llega cerca de la puerta del fondo en el momento de aparecer Mauricio.*)

ESCENA XI.

Dichas.—MAURICIO.

LUISA. (*A Mauricio.*) No... no. Detenedla! no la dejeis partir. (*Mauricio la detiene.*)

ESTREL. Dejadme, os lo suplico.

LUISA. Es mi amiga, mi hermana, y quiere abandonarme porque es muy desgraciada! (*A Mauricio.*) Detenedla algunos instantes. Me lo prometeis, amigo amio?

MAUR. Sí señora, os lo prometo.

LUISA. Voy á buscar á mi madre y cuando sepa lo que has hecho por mí, ya veremos si te obliga ó no á permanecer á mi lado; veremos si puedes resistir á sus súplicas. (*Vase.*)

ESCENA XII.

MAURICIO.—ESTRELLA, *dirigiéndose á la puerta de la izquierda por donde entró Luisa.*

ESTREL. Luisa! (*Se dirige háeia la puerta del fondo.*) Oh! no esperaré su vuelta.

MAUR. Perdonadme. No podeis salir.

ESTREL. Tened presente que yo no debo permaneeer aquí.

MAUR. Esta familia es muy bondadosa... y puede ser que eneuentre un eonsuelo para vuestras desgraeias: ereedme: debeis quedaros.

ESTREL. Sí, pero el deber, mi gratitud háeia Luisa me aconsejan otra cosa... solo por ella...

MAUR. Por ella!...

ESTREL. Mi presencia en esta easa puede serle muy funesta.

MAUR. Y es eso eierto?

ESTREL. No lo dudeis. Es neeesario que yo salga de aquí. (*Se dirige al fondo.*)

CRIADO. (*Entrando.*) Señor Maurieio, acaban de traer de la aldea de Saint-Didier esta earta para vos.

ESTREL. Saint-Didier! (*Deteniéndose en la puerta. Dá algunos pasos háeia la escena.*)

MAUR. Oh! dádmela, dádmela pronto. (*El criado le dá la carta y sale.*) Esta earta eneierra todas mis esperanzas, mi vida... y no poder por mí mismo... (*Dá un paso háeia la puerta por donde salió Luisa. Dirigiéndose á Estrella.*) Ah! vos... Sabeis vos leer?

ESTREL. Yo... sí.

MAUR. Tomad... leed... leed pronto!... la feeha... es del pastor?...

ESTREL. (*Leyendo trémula y conmovida.*) Sí, del pastor de Saint-Didier.

MAUR. Leed, leed...

ESTREL. (*Leyendo.*) «Amigo mio: la jóven por quien os interesais, ha abandonando el pais.»—(Qué significa?...)

MAUR. Pero vive aun!... continuad... continuad.

ESTREL. «Hemos sabido la causa de su fuga... seducida y... (Dios mio! Dios mio!... yo misma he de leer?...)

MAUR. Continuad por favor!

ESTREL. Sí... sí, continúo. (*Leyendo.*) «Seducida y abandonada...»

MAUR. Cielos!

ESTREL. «No se ha atrevido á permanecer en este pais.»

MAUR. *(Cae en una silla y oculta su cabeza entre las manos.)* Oh! Dios mio! Dios mio!!...

ESTREL. Todos me condenan... todos me maldicen!

MAUR. *(Llorando tambien.)* Ah! Y quién habia de defenderla contra los lazos de la seduccion?... No tenia madre!

ESTREL. *(Que le ha oido, levanta la cabeza.)* No, nadie. (*Mirando con asombro á Mauricio.*) Pero por qué os dirigen esta carta? por qué os interesais por esa jóven? Por qué llorais?

MAUR. Por qué? Porque esa pobre niña, esa jóven perdida y deshonrada es mi hija.

ESTREL. *(Dando un grito.)* Ah!

MAUR. *(Sin mirarla.)* (Oh! el único lazo que me ligaba á la vida!... Ahora venga la muerte...)

ESTREL. *(Llorando.)* (Mi padre!... Mi padre!...)

MAUR. Tambien vos llorais y os compadeceis de mí?

ESTREL. Yo... yo... *(La puerta se abre y Luisa que viene con la duquesa llama la atencion de Mauricio.)*

ESCENA XIII.

Dichos.—LUISA.—DUQUESA.

LUISA. Aquí la teneis, madre mia.—Y bien deseas partir aun?

ESTREL. *(Sin cesar de mirar á Mauricio.)* Partir!... Oh! no... me quedaré, me quedaré...

LUISA. Te doy las gracias,

DUQ. Qué teneis, Mauricio? Vuestro semblante revela un dolor profundo... esa carta... Habeis recibido noticias de vuestra hija?

MAUR. Sí... señora.

DUQ. Y estais llorando!

LUISA. Mauricio!...

DUQ. Ha muerto tal vez!

MAUR. *(Despues de un momento de duda, con desesperacion y cubriéndose el rostro con las manos. La duquesa y Luisa se acercan á consolarle.)* Sí señora, ha muerto.

ESTREL. (Oh! jamás le diré que soy su hija!)

MAUR. *(Volviéndose hácia la duquesa.)* Señora, perdonadme... si lloro... perdonadme... si os molesto y... *(Llora.)*

DUQ. No, amigo mio: tambien yo me compadezco de vuestra situacion... —Os dejo, pero ya sabeis que os he ofrecido mi casa y ojalá encontreis en ella algun consuelo.

MAUR. *(Sollozando.)* Solo... un corazon como el vuestro... tan bondadoso... tan... no puedo deciros mas... las lágrimas me ahogan.

DUQ. *(A Luisa.)* Vamos, hija mia... demos órden para que cuidén á ese pobre anciano; que nada le falte. *(Las dos se van por la puerta del fondo. Estrella se queda en segundo término y llora mirando á Mauricio.)*

MAUR. *(Consigo mismo.)* Que nada le falte! ha dicho. Me falta todo, porque no tengo á mi hija. Ha muerto, sí, ha muerto para mí, porque ya no podré abrazarla sin ver en su frente el sello de su deshonra. De qué me sirve haber salvado mi vida en cien combates y llevar al pecho el premio de mi valor y de mis sufrimientos, si despues de tantas penalidades, no obtengo al cabo de mis años mas galardon que el deshonor y la vergüenza? *(Fuera de sí.)* Señor! son estas tus bondades? Es este el premio que me tenias reservado? Pero no... no, estoy delirando!... no sé lo que me digo! He blasfemado, Dios mio! Castigadme, si quereis, castigadme; pero mirad por ella, velad por mi pobre hija! *(Cae de rodillas. Estrella, que ha permanecido retirada, cae tambien de rodillas, levantando las manos al cielo.)*

FIN DEL ACTO TERCERO.

Telon

Efecto

ACTO CUARTO.

Gran salon en casa de la duquesa de Chateau-Gontier.—En el fondo una galería. En primer término á la izquierda un reclinatorio. Muebles de lujo: un sofá á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.—HORTENSIA.—*Despues* ESTRELLA.

D. Antonio

LUISA. Qué tienes, ~~Hortensia~~? Te encuentro hoy mas alegre que otros dias.

HORTEN. Estoy alegre, señorita, porque acaban de llegar noticias de París.

LUISA. *(Con alegría.)* De París?... de Fernando?... Le volveremos á ver?

HORTEN. Mañana mismo.

LUISA. Mañana?

HORTEN. Y el señor Duclós vendrá tambien con él.

LUISA. Cuánto me alegro! (*Estrella sale por el fondo, y Luisa se dirige á ella.*) Mi querida María!...

ESTREL. (*A Luisa.*) La duquesa tiene que daros una buena noticia.

LUISA. Gracias, María. Voy á buscarla para que me dé esa dichosa nueva que adivino ya. *(Sonriendo y mirando á Hortensia.)* Pero voy á hacerla creer que me causa una gran sorpresa. Pobre abuelita! *(Se dirige á la puerta del fondo y luego vuelve.)* Y tú, mi querida hermana, participarás tambien de mi alegría, no es cierto? Ya le conocerás! Te he hablado tantas veces de él!

ESTREL. (De él!)

LUISA. Mañana estará ya de vuelta y le verás.

ESTREL. *(Con ternura.)* (Mañana, Dios mio!)

LUISA. Ven, ~~Hortensia~~, ven! Antonio

HORTEN. Voy, señorita! (*Vánse.*)

ESCENA II.

ESTRELLA.

Mañana vendrá! Y he de verle aquí delante de ella!... Y será muy pronto su esposo! Pero, no... es imposible! Imposible? Por qué? No es ella jóven, hermosa y rica! Y yo, desgraciada, no debia haber abandonado esta casa si no hubiera estado en ella mi padre?... Mi padre! Cuando estoy en su presencia quisiera revelárselo todo; pero no tengo valor y mi lengua enmudece... Estoy condenada á oir estas terribles palabras: «Mi hija ha muerto para mí!»—No hay remedio! Es preciso decidirme, y puesto que Fernando vuelve, mi padre sabrá hoy mismo la verdad. Que me perdone, que me saque de esta casa, ó caiga sobre mí su justa cólera. *(Aparece Mauricio.)* Es él! valor, Dios mio, valor!

ESCENA III.

ESTRELLA.—MAURICIO.

ESTREL. (Qué triste y qué palido está!) *(Dirigiéndose á él.)* Señor Mauricio...

MAUR. *(Levantando la cabeza.)* Estábais ahí?... No os habia visto! *(Entra y se sienta.)*

ESTREL. Sí, aqui estaba, y me alegro mucho de veros.

MAUR. Poca alegria puede causaros el ver sufrir á un desgraciado.

ESTREL. Pero siempre debe uno alegrarse de poder consolar á los que sufren.

MAUR. *(Levantándose y con tono brusco.)* No quiero que nadie me consuele.

ESTREL. Por qué huís de mí, señor Mauricio?

MAUR. Y por qué seguís mis pasos?

ESTREL. Y vos me lo preguntais! No es aquí igual nuestra situacion? No somos en esta casa dos huéspedes recogidos por la caridad? Y no se os figura que la mano de la Providencia nos ha reunido á los dos... á vos para servirme de padre... y á mí para reemplazar á la hija que habeis perdido?

MAUR. Reemplazarla! Jamás! ni vos, ni ninguna otra!

ESTREL. *(Con violencia y llorando.)* Tanto la amais?

MAUR. Cómo he de poder amarla? Dios mio! cuando solo la conozco por su deshonra!...

ESTREL. Mauricio! Oh! permitidme que os hable de ella! no me oculteis vuestras lágrimas y procurad calmar vuestra cólera. Bien lo sabeis, y vos mismo lo digísteis el otro dia; la pobre jóven no ha tenido una madre que la ilumine con sus consejos, ni vos tampoco estábais á su lado para defenderla.

MAUR. Es cierto.

ESTREL. Pues si es así... por qué no procurais verla?

MAUR. Verla! Yo! Y quién podrá indicarme el sitio donde ha ido á ocultar su afrenta?

ESTREL. *(Con viveza.)* Quereis buscarla? Pues bien! Yo os seguiré... yo...

MAUR. Vos!

ESTREL. Sí, sí: partiremos juntos; y si la encontrais desesperada y anegada en llanto... No es verdad que la perdonareis?

MAUR. *(Con violencia.)* Mi hija! La hija de mi pobre Catalina!... Oh! sí... algun dia la perdonaré.

ESTREL. *(Con alegría.)* Algun dia!

MAUR. Si; cuando me diga quién es el miserable que la

ha engañado y yo le obligue á reparar su falta, ó logre castigarlo ó darle muerte.

ESTREL. *(Dando un grito que procura reprimir.)* (Ah! Dios mio, callaré! Fernando, te sacrifico hasta las caricias de un padre! No me queda mas en el mundo!)

MAUR. Bajais los ojos y callais! Ah! sin duda porque comprendeis que mi dolor es profundo y que nada puede mitigarlo... pero seria una ingratitud el no daros las gracias por el bien que queríais hacerme. (*La estrecha la mano.*) Os suplico únicamente que no me hableis de ella. Ah! quisiera poder olvidarla! No me hableis de ella, María, os lo suplico! (*Váse.*)

ESCENA IV.

ESTRELLA.—*Despues* FERNANDO.

ESTREL. Es imposible decidirle á que parta!... (*Vá anocheciendo.*) Qué vá á ser de mí? *(Se aproxima poco á poco al reclinatorio y se arrodilla.)* Santo Dios! En tí confio! En otro tiempo la pobre Estrella, sola en medio de las montañas y á pesar de su miseria creia ser la mas querida de tus hijos: te dirigía sus oraciones sonriéndose segura siempre de que serian bien acogidas. Hoy sus plegarias van acompañadas de lágrimas: hoy no tienen derecho para llegar hasta tí. (*Continúa su oracion apoyando la cabeza sobre el reclinatorio. Ha anochecido bastante. Fernando aparece en el fondo seguido de un criado, á quien habla en voz baja mirando hácia el fondo.*)

FERN. Aquí está! Dí á la señora que voy á verla al momento; que he quedado hablando con mi prima. (*El criado se retira.*) (Está orando! No debo ocultar la verdad por mas tiempo: seria muy culpable si dejase abandonada á la que me salvó la vida.)

ESCENA V.

FERNANDO.—ESTRELLA.

FERN. *(Acercándose al reclinatorio.)* Luisa!

ESTREL. *(Reconociendo la voz de Fernando y levantando la cabeza.)* Esa voz!

FERN. Mi querida Luisa!

ESTREL. *(Dando un grito que procura reprimir.)* Ah!

FERN. ¿Por qué me recibes asi? ¿Por qué ese silencio? ¿Te han informado acaso?... Sí, sí, lo veo: lo sabes todo y apartas tus ojos ocultando tu rostro!

ESTREL. (Qué es lo que dice?)

FERN. Sí, Luisa, sí: soy muy culpable, pero lo sería mil veces mas sino viniese á implorar tu clemencia, tu generosidad... no para mí, sino en favor de una jóven á quien estoy seguro que tenderias una mano protectora si la conocieras como yo!

ESTREL. (Cielos!)

FERN. Tambien ella llorará en estos momentos y me acusará por haberla olvidado. Luisa, tú no querrás que yo me deshonre faltando á mi deber, y mi deber me manda salvar á una mujer generosa á quien he hecho muy desgraciada.

ESTREL. *(Levantándose con lentitud.)* ¿Es cierto lo que he oido?

FERN. Sí, Luisa, tú me perdonarás, te lo ruego de rodillas, y yo volveré á ver á la que no tiene para dulcificar su pena, ni riquezas, ni el amor de una familia; á aquella cuyo recuerdo está aquí grabado en mi corazon y nada en el mundo podrá borrarlo.

ESTREL. Ah! Fernando, Fernando! Es cierto que me amas todavia?

FERN. Estrella! Es un sueño! Eres tú? y aquí á mi lado?

ESTREL. Sí, Fernando, te he vuelto á ver, te he oido, y he olvidado todas mis penas! Ah! La mas gran-

de era sin duda el suponer que no me amabas!

FERN. Pero habla: dime cómo es que te encuentro en este sitio?

LUISA. (*Se oye dentro la voz de Luisa.*) Por aquí, señor Duclós, por aquí.

ESTREL. }
FERN. } Luisa!

ESTREL. (*Queriendo huir.*) Ella, Dios mio! Y yo olvidaba...

FERN. Espera: sabe Luisa?...

ESTREL. Nada, ni una sola palabra. (*Vase corriendo por la puerta de la derecha situada en primer término. Luisa ha aparecido en la galeria esterior del fondo con Duclós: despues entran, y los criados traen luces.*)

ESCENA VI.

FERNANDO.—LUISA.—DUCLÓS.—CRIADOS.

LUISA. (*En el dintel de la puerta.*) Ah! aquí está.

FERN. (*Se dirige hácia ella.*) Luisa!

LUISA. Muy bien, caballero, muy bien! Venis de París y no procurais verme al momento. Es necesario todo mi amor y toda mi indulgencia para perdonarte.

FERN. (Su amor!)

LUISA. (*Con amabilidad.*) Pero contabas sin duda con mi perdon: ¿no es cierto? (*Fernando aparece inquieto: fija su vista por donde entró Estrella: Luisa continúa hablando con suma amabilidad.*) No sé yo si mi abuelita te tratará con igual indulgencia... ya sabes su génio...

FERN. Pero, Luisa...

LUISA. Sí, es preciso que vayas á reconciliarte con ella; yo te espero aquí.

FERN. Bien.

LUISA. No te detengas, vé á hablarla: si tardas mucho en ir se mostrará inflexible, abrázala y acompáñala luego á esta sala para reunirnos en fa-

milia y hablar muy seriamente de nuestro próximo enlace.

FERN. (Nuestro enlace! Y Estrella en esta casa! Pero cómo?... Desde cuando?... Quién podrá esplicarme?...)

LUISA. En qué piensas, Fernando?

FERN. Yo! en nada: voy, voy al momento. (*Sale despues de haber mirado con emocion á la puerta de la derecha.*)

LUISA. (*Sonriendo al verle salir.*) Pero qué tiene?

ESCENA VII.

LUISA.—DUCLÓS.

LUISA. No habeis observado qué distraido está mi primo?

DUCLOS. Es cierto.

LUISA. Me va llamando ya la atencion, y si he de decir la verdad, mi amor propio se resiente á veces...

DUCLOS. Lo comprendo, Luisa.

LUISA. Conque lo comprendeis? Conque tengo razon?

DUCLOS. (*Con entusiasmo.*) Lo comprendo, Luisa, porque el hombre que consiga ser amado como vos le amais, no debe pensar mas que en su felicidad.

LUISA. Bien, señor Duclós, muy bien! Con qué entusiasmo lo decis! Vamos, por fuerza estais enamorado ó lo habeis estado antes de ahora.

DUCLOS. (*Turbado.*) Yo!... sí... lo estoy...

LUISA. Pero esa turbacion...

DUCLOS. (*Idem.*) Nada, Luisa, no es nada.

LUISA. Pero contestadme tranquilamente: os he preguntado tan solo si amais ó habeis amado.

DUCLOS. (*Mirándola con entusiasmo.*) Sí, Luisa, sí; hace mucho tiempo, pero sin esperanza!

LUISA. Sin esperanza?

DUCLOS. Solo existo para la mujer que amo, para velar por ella, para preservarla de cualquier peligro, y cuando esté seguro de que es feliz me sepa-

raré de ella para siempre: para morir tal vez!

LUISA. (Morir! Quisiera adivinar... pero es imposible!) Señor Duelós, siento haber sido demasiado curiosa, porque os he obligado á revelar un secreto...

DUCLOS. No, Luisa, no, no lo sintais: yo soy el que no he podido ocultar por mas tiempo lo que pasaba en mi corazon; y puesto que ya lo sabeis, no debo conservar una prenda preciosa que la pertenece y que quiero devolveros.

LUISA. A mí!

DUCLOS. Un dia, acababa ella de correr un gran peligro esponiendo su propia vida para coger unas flores.

LUISA. (Qué dice!)

DUCLOS. (*Saca del pecho una flor.*) Ella misma las puso en mis manos y yo me atreví á tomar una.

LUISA. (Dios mio!)

DUCLOS. Ya lo veis: no tengo de ella mas que un recuerdo de duelo y de muerte... y aun este recuerdo no tengo derecho á conservarlo... (*Luisa baja los ojos y hace un movimiento negativo.*) No es cierto? Tomad! guardad esa flor ya seca; guardadla, porque si la dejáseis en mis manos seria decirme: »Espera,» y la mujer á quien yo amo no puede decirmelo nunca.

LUISA. (*Con compasion.*) Es cierto, capitan, bien lo sabeis! (*Bajando los ojos toma la flor que Duclós la presenta.*) Ah! Fernando (*Se dirige á ellos.*) y mi abuelita?

ESCENA VIII.

Dichos.—LA DUQUESA.—FERNANDO.

(*La Duquesa se adelanta abrazando muy alegre á Luisa y á Fernando.*)

LUISA. Espero, abuelita, que no le habrás reñido?

DUQ. No, hija mia, he sido induljente.

FERN. (*Mirando al rededor.*) (Dónde estará?)

DUCLOS. *(Observándole.)* (Qué buscan sus inquietas miradas!)

DUQ. Hija mia, da gracias al capitan Duelós: á él le debemos el volver á ver á tu primo un dia antes de lo ofrecido: él es el que procurando llenar en tan poco tiempo todas las formalidades que deben preceder á vuestro enlace...

LUISA. *(Conmovida.)* Él!...

DUCLOS. *(Conmovido.)* No era ese mi deber, señora duquesa.

DUQ. Conque vamos, hijos mios: yo deseo terminar de una vez este asunto, y quiero...

LUISA. *(Poniendo la mano en la boca de la duquesa.)* Oh!... Un momento, abuelita... antes quiero presentar á Fernando una persona.

FERN. *(Turbado.)* Presentarme, á quién?

LUISA. Esperad. *(Entra en el gabinete donde está Estrella.)*

FERN. Ella! pero cómo?...

ESCENA IX.

Dichos.—LUISA.—ESTRELLA.

LUISA. *(Dando la mano á Estrella y presentándola á Fernando.)* Fernando, aquí tienes á mi amiga, á mi hermana! *(Estrella saluda á Fernando. Este la saluda tambien sin mirarla. Desde la salida de Estrella, Duelós observa á uno y á otro.)*

FERN. *(A Estrella.)* Señorita! *(Estrella no puede contener su emocion y apoya una mano en el sofá.)*

DUCLOS. *(A Luisa.)* (Esta jóven es la pastora que os salvó la vida?)

LUISA. (La misma!...) *(A Estrella.)* Vamos, dí, no te parece bien?

ESTREL. *(Bajando los ojos.)* Sí... muy bien! (Ah! las fuerzas me abandonan!)

FERN. (Dios mio! Teded compasion de ella!)

DUQ. Ahora dejad que me ocupe de vuestra felicidad: ya tengo dispuesto que este enlace tan deseado por todos nosotros se celebre mañana.

LUISA.
DUCLOS.
FERN.
ESTREL. } Mañana! *(Cada uno lo dice con distinta espresion.)*

(Movimiento de Estrella y de Fernando. La duquesa, que nada ha advertido, continúa sonriendo.)

DUQ. Y en nuestra capilla. Espero que aquí no habrá mas voz que la mia y que nadie se atreverá á contradecirme.

LUISA. *(Sonriendo.)* Tienes razon! y por mi parte prometo...

DUQ. *(Tomando la mano á Fernando.)* Y el señor conde tambien me prometerá?

FERN. Madre mia!

DUQ. Y si yo tuviese alguna duda, he aquí lo que responde de su conformidad.

FERN. Qué quereis decir?

DUQ. Ya veo, ya veo que no me confiais todos vuestros secretos.

LUISA. Mis secretos!

DUQ. No me habiais dicho que mediaban ciertas formalidades... En fin, esta sortija me lo dice claramente. *(Nuevo movimiento en todos los personajes: Estrella manifiesta cierto temor: Duclós los observa á todos.)*

TODOS. Una sortija!

DUQ. Esta sortija es la tuya, Luisa.

LUISA. Mia!

FERN. Suya!

ESTREL. *(Luisa mira fijamente á Estrella: esta baja los ojos.)* (Qué es lo que he hecho!)

DUQ. Es el anillo que bendijo el Santo Padre en nuestro último viaje á Italia.

FERN. *(Mirando á Estrella.)* (Cielos! Es posible!)

DUCLOS. *(A Fernando.)* Conteneos!

LUISA. En efecto, esta sortija... *(Toma la mano á Fernando y la contempla con emocion.)* Sí... es la mia... yo la habia dado... *(Dirige una mirada de cólera á Estrella. Esta se retira, y sin ser vista de la duquesa, levanta las manos al cielo y cae de rodillas. Luisa se vuelve hácia la duquesa procurando sonreirse.)* Sí, yo se la dí... á

Fernando en la aldea de Saint-Didier, al pié de aquella misma montaña... (*Vuelve á mirar á Estrella y luego continúa.*) donde... donde me digisteis por primera vez que yo debia ser su esposa. (*Duclós se rie con tristeza, indicando con un movimiento de cabeza que no cree nada de lo que Luisa ha dicho.*)

DUQ. Bien, muy bien, hijos mios: tomásteis por testigo al cielo de la palabra que os dísteis! Pues bien: mañana tendrá lugar vuestro enlace.

LUISA. Pero, abuelita...

DUQ. Mañana mismo informaremos á Su Majestad de la eleccion de la señorita Chateau-Gontier, no es verdad?

LUISA. Sí, mañana, madre mia! (Hasta ahora al menos he podido ocultar lo que sufre mi corazon!) (*Procura contener su emocion: mira á Fernando y á Estrella y entra luego en el gabinete de la izquierda.*)

DUQ. Fernando, dáme el brazo. (*Fernando mirando fijamente á Estrella se aleja lentamente por el fondo, dando el brazo á la duquesa.*)

DUCLOS. (Pobre Luisa!) (*Sale por el fondo.*)

ESCENA X.

ESTRELLA, *sola un momento: despues* FERNANDO.

ESTREL. Oh! No era bastante haber visto á mi padre indignado al pensar en la deshonra de su hija... Tambien para ella, para Luisa soy una mujer infame y miserable que ha engañado á su bienhechora, á su hermana!

FERN. (*Sale.*) Estrella!

ESTREL. Fernando!

FERN. Dime, pronto, esplícame... esta sortija es de Luisa?

ESTREL. Ella me la dió el primer dia que la ví.

FERN. Pero... bien! Dime...

ESTREL. Ah! Por qué cuando la tendí mi mano no quiso

el cielo que yo misma cayese en el abismo de donde acababa de salvarla!

FERN. Qué dices, Estrella?

ESTREL. Al menos no sufriria hoy tanto al ver su dolor y su desprecio, y no seria tampoco un obstáculo á su felicidad!

FERN. Tambien ella te debe la vida, y quieres que yo te sacrifique? No, no: partamos de aquí al momento.

ESTREL. Partir con vos!

FERN. No podemos permanecer aquí! Luisa se ha contenido por respeto á la duquesa, pero... mañana...

ESTREL. Mañana! Oh! Teneis razon! Yo no puedo esperar á mañana... pero... vos...

FERN. Yo! Partiré contigo. No te he dicho ya que mi amor hácia tí es mi único pensamiento? No soy yo tu solo apoyo en el mundo, tu guia, tu esposo?

ESTREL. Mi esposo! Ah! esa palabra ha destruido mi esperanza en lugar de fortalecerla en mi alma. Mi esposo! Y debeis dar vuestra mano á Luisa!

FERN. No, Estrella, no: ese enlace no puede efectuarse: yo tengo precision de abandonar esta casa donde no oiria mas que reconvenciones. Te lo suplico: si me amas, partamos!

ESTREL. Dios mio! Qué debo hacer! Él me devuelve mi mi honor... pero y mi gratitud hácia Luisa mi bienhechora? Quién podrá aconsejarme? *(La puerta del fondo se abre y aparece Mauricio. Estrella dá un grito.)* Ah! esperad, Fernando: hé ahí el hombre que el cielo me envia para dictarme mi deber.

MAUR. Qué dice?

FERN. Mauricio!

ESCENA XI.

Dichos.—MAURICIO.

MAUR. Soy yo á quien quereis consultar?...

ESTREL. Sí, señor Mauricio: deseo hablaros como hablaría á un juez, como podria hablar á mi padre. Os confiaré todos mis secretos, y vuestra voluntad será para mí la voluntad de Dios.

MAUR. Pensad antes que yo no soy mas que un pobre viejo sin familia, sin otro asilo que el que la caridad ha podido ofrecerme. Pensad que mi espíritu está abrumado por el dolor, y que juzgaria mal del dolor y de los deberes de los demás.

ESTREL. Por humilde y pobre que os haya hecho el destino, y por muy desgraciado que os haya hecho vuestra hija, sereis para mí el primero de los jueces, y cualquiera que sea vuestra sentencia siempre será para mí sagrada.

MAUR. No, no: guardad vuestros secretos; yo no quiero saberlos.

ESTREL. No se trata solamente de mí, que no soy mas que... una pobre desvalida: teneis que decidir de la suerte de Luisa.

MAUR. *(Admirado.)* De Luisa!

FERN. No, no: callad!

ESTREL. (*Sin escuchar á Fernando.*) En su nombre y en el mio me dirijo á vos.

MAUR. Hablad: ya os escucho. (*Estrella se arrodilla.*)

FERN. Cómo!

MAUR. Qué haceis?

ESTREL. Oh! dejadme que os hable así: dejadme que humille mi frente para ocultar mejor mi vergüenza.

MAUR. Vos!

ESTREL. La que se arrodilla ante vos, la que no se atreve á dirigiros sus miradas, es una mujer deshonrada!

MAUR. (*Con severidad.*) Deshonrada! (*Mirando á Fernando.*) Señor conde!

ESTREL. (*Conteniéndose.*) Pero él no es perjuro, él no abandona á la pobre jóven que le salvó la vida. El renuncia al brillante enlace que se le propone y quiere darme su nombre y partir conmigo: decidme, debo aceptar? debo seguirle?

MAUR. Habeis apelado á mi honor y á mi conciencia: mi conciencia y mi honor van á responderos. La que os ha tendido los brazos y os mira como á una hermana es la que está prometida al hombre á quien amais: la que os ha recibido en su casa y os ha dado su pan, es la madre del hombre á quien amais... Si huís con él, vais á ocasionar la muerte de vuestras dos protectoras. El nombre que os dé, lavará mal vuestra afrenta pasada, porque quereis borrar una falta cometiendo dos crímenes.

ESTREL. Dos crímenes!

FERN. Mauricio, yo os prohibo...

MAUR. Capitan, no es un soldado, es un anciano el que habla! (*A Estrella.*) Es preciso que partais, María, pero debeis partir sola.

ESTREL. (*Levantándose.*) Obedeceré, porque Dios es el que acaba de condenarme por vuestra boca.

MAUR. Valor, María, valor!

ESTREL. (*Le besa las manos.*) Sí, sí, lo tendré!

MAUR. Qué haceis?

ESTREL. (*Se dirige hácia su cuarto.*) Oh! ahora no me faltará resolucion!

FERN. En nombre del cielo, oye...

ESTREL. No me sigais... voy á entrar en ese cuarto por la última vez. Adios, Fernando. (*A Mauricio.*) Adios, mi buen amigo! vos que me habeis señalado mi deber, si algun dia pensais en mí, recordad que me he sometido sin quejarme á la sentencia que habeis dictado. (*Entra en su cuarto.*)

FERN. (*Con agitacion.*) Pero yo no puedo aceptarla. Yo no la abandonaré. (*Tira del cordon de la campanilla.*)

MAUR. Qué haceis? (*Entra un criado.*)

FERN. Pregunta á la señora duquesa si puede recibir-

me. Dila que es preciso que yo la hable al momento. *(El criado se vá.)*

MAUR. Señor conde, calmaos: reflexionad bien...

FERN. No oigo nada. María acaba de apelar á vos contra mí... Pues bien, yo apelaré contra vos al corazon de la duquesa.

ESCENA XII.

Dichos.—LA DUQUESA.

DUQ. Qué es eso, Fernando? Necesitas tú pedirme permiso para verme?

FERN. Madre mia, quería arrojarme á vuestras plantas porque tenia que pediros una gracia.

DUQ. Una gracia tú? Habla al momento.

MAUR. (*Bajo á Fernando.*) Pensad en el sentimiento que vais á causarla.

DUQ. No tienes confianza en mi cariño?

FERN. Ya sé que sois la mejor, la mas generosa de las madres: por lo mismo tiemblo al tener que deciros...

DUQ. Pero, es tan grave lo que tienes que revelarme?

FERN. Sí, señora, porque quiero destruir vuestros mas gratos ensueños; porque...

MAUR. Es un proyecto insensato: seria mejor que la señora duquesa no le oyera.

DUQ. Los dos me asustais! Fernando, supongo que no intentarás dilatar mas tu enlace?...

FERN. Amo á otra, madre mia.

DUQ. Tú?

MAUR. Ama á otra que no puede ser su esposa.

FERN. Mauricio!

DUQ. Señor conde!...

FERN. La conoceis, madre mia. Es...

MAUR. Es la jóven á quien habeis acogido en vuestra casa: es la mujer desvalida que ha comido el pan que le ha dado vuestra mano bienhechora!

FERN. Es el ángel salvador que ha velado por vuestra hija... No es de Luisa de quien yo recibí esta

anillo: este es el lazo sagrado que nos unió, y que me hizo esposo de Estrella delante de Dios.

MAUR. Estrella! Estrella habeis dicho?... Por qué la dais ese nombre?

FERN. Porque ese era el nombre que llevaba cuando vivia pobre y abandonada en las montañas de Saint-Didier.

DUQ. Qué importa ahora su nombre?

MAUR. Dejadme, señora, dejadme! Vivia en las montañas y se llamaba Estrella?

FERN. Yá su choza queria conducirnos el guia cuando os ví por primera vez y me pedísteis ir en mi compañía. (*Estrella sale y oye las siguientes palabras de Mauricio.*)

MAUR. Ah! Dios mio! Es ella! Ella! Y yo la condenaba! Yo pedia su deshonra y su muerte! Ah! aquí está! Estrella! (*La tiende sus brazos.*) Hija mia!...

ESCENA XIII.

Dichos.—ESTRELLA.

ESTREL. Qué! No me rechazais! (*Se arroja en sus brazos.*) Oh! Padre mio!... Padre mio!

FERN.
DUQ. } Su padre!

(*Mauricio se sienta en el sofá y Estrella cae á sus piés mirándole con ternura.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA.—LUISA.—DOS CRIADOS.

DUQ. Está todo preparado en la capilla?

CRIA. 1.° Todo, Señora.

DUQ. *(Al criado 2.°)* Tú, Gerónimo, ten prevenido el coche de viaje. Dónde está el conde?

CRIA. 2.° Ha salido hace una hora.

DUQ. Vé á buscarle, y dile que necesito hablar con él. *(Los dos criados se retiran.)*

LUISA. Pero, madre mia, por qué habeis dado esas órdenes? *(Luisa permanece de pié y la duquesa se sienta.)*

DUQ. No es hoy cuando debe celebrarse vuestro enlace?

LUISA. Sí, pero no olvideis que Fernando... no consentirá...

DUQ. Todavia me queda alguna esperanza; por eso he dispuesto que esté todo preparado en la ca-

pilla: tambien he mandado prevenir un carruage para salir al momento de esta casa si se negara á dar su consentimiento.

LUISA. Pero no conoceis que yo tambien debo negarme?

DUQ. Tu deber, Luisa, es obedecer; recuerdo el encargo sagrado que me confió al morir tu madre, mi querida hija, y yo sabré cumplirlo.

LUISA. Pero si sabeis que él ama á otra.

DUQ. Escucha: (*Hace sentar á Luisa á su lado.*) yo hubiera deseado respetar todo el candor de tu alma, y no destruir ninguna de tus ilusiones, pero los sucesos han sido mas fuertes que mi voluntad maternal. Nosotras las mujeres estamos obligadas á dar cuenta de nuestra vida entera á aquel cuyo nombre llevamos, mientras que los hombres solo tienen obligacion de dárnosla de su porvenir. Ellos olvidan fácilmente esos amores pasageros de la juventud y nosotras debemos olvidarlos tambien.

LUISA. Pero si él la ama todavía, he de causar yo la desgracia de ambos? Si Estrella... á quien debo.....

DUQ. Ya lo sé: ella ha hecho por tí lo que hemos hecho por su padre, lo que tú has hecho por ella misma cuando se presentó en nuestra casa estenuada por el hambre... pero te dijo ella entonces el precio que pensaba poner á tu reconocimiento? Es decir que venia á arrancarte la vida que antes te habia salvado.

LUISA. Madre mia!

DUQ. Se ha introducido en nuestra casa, en la cual le has dado asilo y el nombre de hermana, para buscar al hombre que debe ser tu esposo y á quien amabas tanto! Yo misma te he visto en mis brazos anegada en llanto, creyendo haberle perdido.

LUISA. Pero... y si los celos hubiesen destruido ese amor en mi alma?... Me obligariais entonces á enlazarme á un hombre á quien... no amo, y... (*Conteniendo sus lágrimas.*) No le amo, madre mia, no le amo.

DUQ. Pobre niña! (*Levantándose y abrazándola con-*

tra su corazon.) Yo respondo al cielo de tí y de Fernando, y tomaré tu defensa aunque sea contra tí misma.

LUISA. Habeis pensado en la afrenta que sufriríamos si él rehusara?

DUQ. Sí, lo he pensado y espero que Fernando no querrá darnos ese golpe terrible. El volverá á tu lado: sí, volverá, no lo dudes, y al fin conseguiré veros felices antes de separarme de vosotros para siempre.

ESCENA II.

Dichas.—DUCLÓS.

DUQ. Señor Duclós, os encargué...

DUCLOS. Que hablara á Mauricio y á su hija?

DUQ. Habreis tenido que escuchar sus quejas y sus reconvenciones?

DUCLOS. No señora. Al oir mis primeras palabras, el anciano ha tomado á su hija de la mano. »En otro tiempo, la ha dicho, andábamos errantes y pobres; hoy será igual nuestra suerte, pero al menos vivirémos juntos, hija mia.»

LUISA. Oh! yo no puedo consentir que vivan en la miseria.

DUQ. Le habeis entregado de mi parte?...

DUCLOS. Esta cartera? (*La presenta.*) No señora.

DUQ. Cómo?

DUCLOS. Pensé al ver la noble resignacion de Mauricio, en lo amargo y doloroso que le seria recibir dinero de vos ó de Fernando.

DUQ. Pero...

DUCLOS. Sin que él lo viese he puesto en su saco la cantidad que pueden necesitar. De mí, de un soldado es como él puede aceptarlo sin humillarse. (*Viendo entrar á Fernando.*) Aquí teneis á vuestro esposo.

LUISA. (*Con tristeza y bajando los ojos.*) Mi esposo!

ESCENA III.

Dichos.—Fernando.

Fern. Madre mia! me han dicho que queríais hablarme.

Duq. Queria tener con el señor conde la última entrevista.

Fern. La última!

Duq. Deseo saber tu resolucion y si es irrevocable.

Fern. Mi resolucion es el ser siempre para vos el mas tierno el mas respetuoso de los hijos: lo que deseo es que Luisa me ame... como á un hermano.

Luisa. (Como un hermano!) *(Bajo á la duquesa.)* Lo oís, madre mia?

Fern. Esta es mi resolucion, y el honor me la dicta.

Duq. El honor? Dí mas bien una loca pasion; obedece en buen hora á ese funesto amor, déjanos... puedes partir ahora mismo... pero no, nosotras somos las que partiremos. Estais en vuestra casa, señor conde.

Fern. Qué decís?

Duq. *(Señalando á varios papeles que están sobre la mesa.)* Lo que es preciso que sepais, lo que os revelarán esos papeles.

Fern. Esos papeles...

Duq. Todos esos bienes que hasta hoy hemos disfrutado contigo, te pertenecen á tí solo. Ese fué el dote que tu madre recibió del emperador al casarse con uno de sus oficiales, y yo esperaba que fuese tambien el dote de Luisa. No has querido que así sea: toma tus títulos. *(Le da los papeles.)* Ve á ofrecer á otra mujer tu fortuna y tu nombre: que venga á tomar posesion de esta casa, que venga sin temor de encontrar en ella ningun rostro enemigo, y tú no tendrás ya que sufrir mis quejas ni mis lágrimas.

Fern. Es decir que quereis abandonarme!

Duq. Fernando, una y otra consentiriamos gustosas

en debértelo todo; pero no pretendas que Luisa acepte un asilo y los favores de tu esposa.

FERN. (*Presentando los papeles.*) Mis bienes! yo no los quiero; os los ofrezco todos; soy soldado, y un soldado no necesita grandes riquezas, mientras que vos agoviada por los años... y Luisa tan jóven... qué vais á hacer! qué va á ser de vosotras?

LUISA. Madre mia!

DUQ. Mientras estuve emigrada trabajé sin ruborizarme; si hoy me faltan las fuerzas, mi hija trabajará por mí. Oh! no temais: esta carga no durará mucho tiempo.

ESCENA IV.

Dichos.—UN CRIADO.

CRIADO. Señora, está esperando el coche de viaje.

DUCLOS. Partir vos!... (*Se dirige hácia la puerta del fondo: dá sus órdenes al criado y este se retira.*)

FERN. Madre mia! esta separacion seria para mí una afrenta: seria la maldicion del cielo.

DUQ. Vamos, hija mia; hoy empieza nuestro segundo destierro. Dios se dignará al menos abreviar el mio.

FERN. No, no: estais destrozando mi corazon: me hareis perder el juicio. Yo no sé ya lo que el honor me dicta, solo sé que no os separareis de mi lado, (*De rodillas.*) madre mia, y que os obedeceré. Sí, estoy dispuesto á obedeceros.

DUQ. Fernando, hijo mio! tú me has devuelto la felicidad!

LUISA. (Y á mí quien me devolverá su amor?)

DUQ. (*A Luisa.*) Aquí tienes el despacho en blanco que debes enviar al rey, informando á Su Majestad de tu eleccion.

FERN. Tan pronto!

DUQ. Sí, sí: darás tu consentimiento, no es verdad?

FERN. (*Despues de una pausa.*) Lo daré.

LUISA. Y yo?...

DUQ. Escribe, hija mia.

LUISA. (*Sentándose.*) Os ebedezco. Ahora leed.

DUQ. Pon el nombre de Fernando en el real despacho. (*Luisa escribe en el despacho: en el momento aparecen al fondo Mauricio y Estrella, la cual ha vuelto á vestir su trage de las montañas.*)

DUQLOS. Mauricio!

FERN. Estrella! (*Luisa ha dado la carta á la duquesa. Esta toca una campanilla y sale un criado.*)

DUQ. (Todavía están aquí!) (*Pone el sobre y entrega la carta al criado.*) Haz que lleven esta carta al momento.

ESCENA V.

Dichos.—MAURICIO.—ESTRELLA.

DUQ. (*A Mauricio.*) Deseábais hablarme?

ESTREL. (*A Mauricio.*) (Padre mio; acordaos de vuestra promesa.)

MAUR. (Sí, hija mia, me acordaré.) Podeis tranquilizaros, señora; no venimos ni á reconveniros ni á quejarnos. Conozco muy bien la distancia que existe entre vuestra familia y la mia, y jamás he creido que las desgracias de una hija bastan para borrar en un momento esa distancia tan grande del rango y de la fortuna.

DUQ. Ese lenguage...

MAUR. Este lenguage no debe sorprenderos. Señora, ayer condené á mi hija sin conocerla. Mi sentencia fué justa y los dos la sufriremos juntos.

DUQ. Y para qué venís ahora?...

MAUR. Para deciros, señora, que al echar de vuestra casa á una pobre niña que no se ha vendido, no teneis derecho para arrojarla á la cara un puñado de oro.

DUQ. Yo no os he dado ese dinero.

MAUR. Sí, ya he visto de qué medio se han valido para que llegara á nuestras manos; pero de cual-

quiera que venga, yo lo rechazo, señora. (*Devuelve un bolsillo á Duclós.*)

ESTREL. Señor conde, sabeis muy bien que es una crueldad ofrecerme á mí ese oro. Decid á vuestra madre que yo no soy culpable ni de mi afrenta, ni de los disgustos que puedo haber ocasionado en esta casa... Y... puesto que os veo por la última vez...

FERN. Estrella!

ESTREL. Por última vez, Fernando, decidla tambien quién era yo cuando me conocísteis; una pobre hija de las montañas, que vivia sola, lejos de vuestro mundo; decidla que yo no me deslumbré por vuestra posicion ni por vuestras riquezas... No es cierto, Fernando?

FERN. Sí, sí; yo solo soy culpable!

ESTREL. Ya lo veis, señora; habeis hecho mal en acusarme de un cálculo que seria muy vergonzoso para mí, porque yo ignoraba lo que era la fortuna: y cuando le dí la mitad de mi choza para salvarle la vida, cuando partí con él mi pan negro, yo era entonces la opulenta y él, señora, era el pobre.

LUISA. Madre mia!

ESTREL. En las desgracias que me aflijen, no veo mas que la voluntad del cielo, y me someto sin quejarme; pero al menos no quisiera llevarme al partir la odiosidad y el menosprecio de nadie.... No, Luisa, no; yo no he querido nunca robaros el corazon del que habeis amado... Aquella á quien estrechásteis en vuestros brazos, llamándola vuestra hermana, no esperaba encontrar aqui al hombre que la habia abandonado. Cuando supe este terrible secreto, reconocí á mi padre, á quien no quise descubrirme porque le oí maldecir á su hija. Le encontré abatido por sus sufrimientos y su desesperacion. Podia yo entonces dejar esta casa y separarme de él?

LUISA. No. Estrella, no, no podias, no debias hacerlo.

ESTREL. Ah! os estoy muy agradecida porque vos al menos no me habeis condenado.

MAUR. (*A la duquesa.*) Adios, señora: nunca me olvidaré de vuestras bondades. Ven, hija mia.

ESTREL. *(Dirigiéndose á Fernando antes de partir.)* Señor conde, es preciso que olvideis completamente á la pobre Estrella: es preciso que mi hermana sea feliz. ¡Adios, Luisa!.. Adios, Fernando! *(Mauricio y Estrella se dirigen hácia la puerta.)*

LUISA. Deteneos! Deteneos! Conde de Hermilly, impedid que salga de aquí vuestra esposa!

TODOS. Su esposa!

FERN. Luisa!

DUQ. Qué significa?

LUISA. Esto significa, madre mia, que tampoco yo puedo aceptar la limosna de un corazon que no me pertenece.

DUQ. Y no habeis escrito al rey?...

LUISA. Por lo mismo que le he escrito; si hubiérais leido la carta hubiérais sabido cómo usé del derecho que me dio Su Magestad de elegir esposo.

DUQ. No es el nombre de Fernando el que has escrito?

LUISA. He escrito el mismo nombre que he puesto en este real despacho, el de Jorge Duclós.

TODOS. Duclós!

FERN. Es posible!

DUCLOS. Yo! yo su esposo!

DUQ. Pero... y esa carta? esa carta?...

LUISA. Ya la han llevado, y la escribiria cien veces.

DUQ. Oh! Todo se ha perdido.

LUISA. *(Presentando de la mano á Estrella.)* Madre mia, podrás olvidar que me salvó la vida?

DUQ. No! no! Abrazadme y tendré dos hijas en lugar de una. *(Abre los brazos dirigiéndose á Estrella. Movimiento general de alegría en todos. Estrella se arroja en los brazos de la duquesa.)*

ESTREL. Madre mia!

FIN.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 21 de Enero de 1853.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Melchor Ordoñez.